

HERMES

Revista estacional de Poesía

Dirigen, coordinan y editan María Antonia Ricas y Jesús Pino

Octavio Uña
Juan Cobos Wilkins
Agustín Porras
Amador Palacios
Mar Peces
Juan Antonio Villacañas
Juan Martínez Copeiro del Villar
Ángel Villamor
Hilario Barrero
Rafael Martín-Calpena Miranda
Amparo Ruíz Luján
Jesús Rubio
José Pulido
Miguel Angel Curiel
Eugenio Yébenes Garoz
Máximo Martín-Forero Fernández
Angel del Valle Nieto
Antonio Martín-Andino Rodríguez
Francisco de la Torre y Díaz Palacios

Manuel Quiroga Clérigo
Juan Pablo Castel
J. Seafree
María Muñoz
José Mascaraque Díaz-Mingo
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Fausto de Calleancha
Jesús Pino
Gracia María Morales Ortiz
Santiago Sastre
Juan Carlos Pantoja Rivero
Benjamín Pulido Navas
Benigno Alonso
Pilar Pérez Trindade
Manuela Lourdes Herrejón
Susana Béjar Sánchez
Luisa Benito
Manuel Moya

Dibujos: Jesús García

Año III. Nº 9. Verano-Otoño 1997
Toledo. Edición Artesanal.

Hermes9

Revista Artesanal de Poesía

Consejo Editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

María Muñoz

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja

Hermes/Internet:

Jesús del Verbo

<http://www.redestb.es/personal/ankara>

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

POESIA

pgs

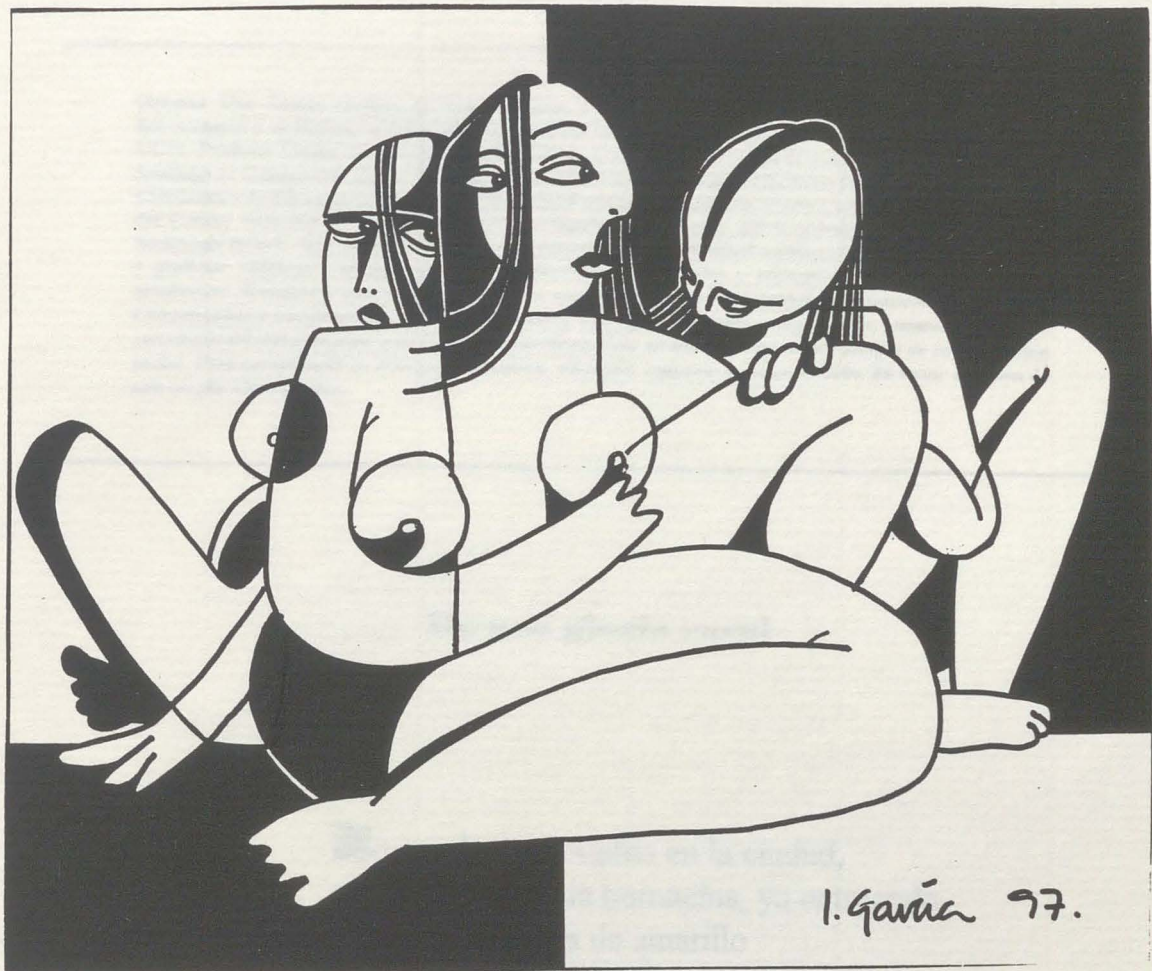
<i>Octavio Uña</i>	2
<i>Manuel Quiroga Clérigo</i>	4
<i>Juan Cobos Wilkins</i>	6
<i>Juan Pablo Castel</i>	8
<i>Agustín Porras</i>	10
<i>J. Seafree</i>	12
<i>Amador Palacios</i>	14
<i>María Muñoz</i>	16
<i>Mar Peces</i>	18
<i>Fausto de Calleancha</i>	19
<i>Hilario Barrero</i>	20
<i>J. A. Villacañas</i>	22
<i>Jesús Pino</i>	25-39
<i>Mª Antonia Ricas</i>	26
<i>Joaquín Copeiro</i>	30
<i>Rafael Martín-Calpena</i>	32
<i>Gracia Mª Morales</i>	34
<i>Amparo Ruiz Luján</i>	36
<i>Juan Mtez. Copeiro</i>	40
<i>Santiago Sastre</i>	44
<i>José Mascaraque</i>	45
<i>Ángel Villamor</i>	46
<i>Jesús Rubio</i>	48
<i>Juan Carlos Pantoja</i>	50
<i>José Pulido</i>	52
<i>Los Círculos Locales</i>	56

NARRATIVA

<i>La Línea Azul</i>	
<i>por Joaquín Copeiro</i>	68
(Sin título)	
<i>por Susana Béjar Sánchez</i>	72
<i>Asalto al tren de Kansas</i>	
<i>por Benjamín Pulido</i>	78
<i>El Galiano de las siete y media</i>	
<i>por Miguel Ángel Curiel</i>	87

CRÍTICA DE LIBROS

"Marranadas"	
<i>por Luisa Benito</i>	92
"La Tierra Transparente"	
<i>por Manuel Moya</i>	95



**Ven; yo vivo de tu dibujo
y de tu perfumada melodía.**

(Jaime Saénz, "Ven")

OCTAVIO UÑA

Octavio Uña Juárez (Brime de Sog, Zamora, 1945), sociólogo y poeta. Tiene en su haber cinco licenciaturas y es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología y Premio Extraordinario de Doctorado por la UCM, Profesor Titular de Sociología de la U.C.M., Catedrático de teoría de la Comunicación de la U. de Santiago de Compostela, Catedrático de Sociología de la Comunicación Humana de la U.P. de Salamanca, Catedrático de Filosofía (I.B.), Director del Real Colegio Universitario María Cristina(U.C.M.), Director del Centro Superior de Humanidades(U. de Castilla La Mancha). En la actualidad es Catedrático de Sociología de la U. de Castilla La Mancha, Presidente de la Asociación Castellano-Manchega de Sociología y profesor visitante e invitado de varias universidades españolas y extranjeras. De sus publicaciones señalamos: *Sociedad y ejercicios de razón*, *La comunicación en Karl Jaspers*, *Comunicación y libertad*, *Conocimiento y comunicación* (ed. y colaborador), *Teoría sociológica y comunicación*, *Materiales para una sociología del conocimiento* y, en colaboración: *El cambio: libertad de expresión y medios de comunicación social*, *Para comprender la transición española*, *Filosofía, lenguaje y comunicación*. Es autor también de una amplia obra poética.

De una gloria rural

■ No quedará tu estatua en la ciudad,
no irá tu busto a la hornacina, ya entregado
a pálidas tristezas de amarillo
(Museo o muerte pública).
Acaso, cuando pasen, oigan
rumores de tu voz, tan viejo esfuerzo
al códice, adivinen
noches de luna y página, tan blancas.



Quizá al mirar los árboles, los cauces
del Duero, Tera, Tormes, Tajo,
allí, en Zamora, en Candelario o Gredos,
cercado de castaño o robledal,
Sanabria o Soria,
así también tomillo o madreSelva,
dulce llantén, tan suavemente
romero.

No, no quedará tu estatua en la ciudad:
la luz de invierno,
un trigo o seno del espacio en junio.

No, no amé la piedra, al vendaval tan firme,
quiseme al filo del alero, ojo a la fiesta.

Miré las sombras del amor,
palpé los miedos por abril, muchacha al fuego.

No quiero estatua ni ciudad: yo vi a Unamuno
de frente a la pared, eternamente.

Ni busto ni ciudad, marchó en el remo
hacia el día del ave.



Amante innominada

Para B. treinta años después

Fuiste la amante más perfecta que soñara,
la sonrisa que borra primaveras.
Eres sólo la nada de un desfile de sombras,
como una noche intensa sin límite ni almohadas.
Podrá llegar la muerte cualquier tarde,
sorprenderme la lluvia cerca de El Escorial
o barrar mis pisadas en pleno Guanajuato:
nunca estuvo tu pecho tan leve en mi reposo
ni tu pálida piel pudo ser mi distancia.
Eres sólo un otoño de aquel prado dormido
que esperaba tu voz en la yerba frondosa.
Ni una oscuridad, ni un orgasmo aterido
nos supo visitar en la vil geografía
de un verano imperfecto de mágicas miradas.
Cuando eras la ausencia y el temblor en el baile
intentamos negar el ardor que existía
en los pasos pausados, en las palabras rotas.
Ahora eres la nada, esa amante incompleta
que ni el dolor visita ni la sorpresa atrapa.
Por eso vivirás sin rozarme los labios
más allá del amor y los espectros quietos.
Nunca pude encontrar tu alcoba, tu paisaje,



aunque sí conocía el camino a tus sueños
y la lluvia dorada de tu música suave.
¡ Si volvieras acaso hasta aquellos otoños,
si quisieras tal vez devolverme tu imagen !.
Quedan solo las huellas de aquel día, la carta
que pedía esperarme en tu ciudad de nubes
ofreciéndome así un futuro de albas.
Me negué a compartir el deleite de helechos
que nacía de pronto en tu bosque inquietante.
Tú quedaste dormida en un claro de infancias
mientras te convertías en un invierno antiguo,
eras dama cautiva de una historia candente
de un destino callado. Estabas acabando
la leyenda de un tiempo de emociones atípicas.
Te habías convertido en un campo de angustias:
fuiste ya para siempre mi amante innominada.

Madrid, 9.1.95



Gladiadores

I

Se hidrata el músculo tensado
antes de que esta arena sea redonda
y exciten sus leones como vello
la alta piel por la que se desnuda
la pasión no, más: vicio
de la pagana multitud que le aclama
hechizada. ¿ Cuero, laurel, tridente ? Redes
y plumas. Espada, espalda. Juego inmoral
y público con otro o con la fiera. Sabes
que sólo de un pulgar, si erecto,
- así - dependerá tu vida,
su perdón. O la muerte si, en cambio,
hacia tierra se inclina y la señala.
Del capricho imperial de un dedo
pende: a gladiador dorado, cruento el gladiolo.

II

Desprecio del cointreau porque la tarde
está nublándose y acabará por parecersele.
Victorioso el vencido aprende del silencio
poética, retórica. Hay otro emperador
más - y no menos secreto - tirano, impuro, loco,
que ordena al corazón moverse en la leyenda,
desafiar la historia, adorarlo por único
dios, regálame la luna: luchar
con la palabra trezado en amoroso
y desigual combate es obsceno, soberbio, narcisista.
Nada, ni el público del circo ni la estatua
ofrecida, compensa del terror: me sé
solo y mortal, no amado, inútil.
Si en tal esclavitud finjo armonía
o aguardo del dedo misterioso que decida.



(Boceto de amor para una mujer esdrújula)

■ Hablé y desperté
su deseo despierto
en un amanecer de labios.
Grité y se angostó el pasadizo de su inquietud.
La toqué, me besó,
creí merodear su intimidad,
me imaginé capaz
de encontrar vivo
al último naufrago de su fantasía.
Pero agonizaba saciado de amor.
Nada pudo la pasión contra el miedo y la voluntad...

Y hoy no crees en la vida,
imbécil.

Tus sentidos, tus manos, sus pechos,
tu garganta y su ausencia.
Tu mirada vacía sobre el musgo,
tus dedos,
su piel
y la miel
derramada entre sus piernas.

La chica que baila te niega su boca,
te regatea.
De rodillas acaricias sus costados,
te muerde la lengua.
Tú la deseas.

Pierdes la dignidad, nunca la tienes,
como el capricho de un niño,
con su empecinamiento,
tú la deseas.
Y retira el rostro cuando te acercas.
No quiere tus labios sobre su piel,
y recuerdas sus besos
escasos y sueltos.
Siempre el último beso,
para terminar, para decir basta,
el último beso,
un beso cobarde
mientras las manos de otro aprietan sus pechos.

Melena, dientes que muerden perlas,
labios que tocas con los dedos, labios rojos, labios
[pintados y lamidos,

frescos, cálidos, eléctricos.
Brazos tiernos y cuerpo de mujer
y separar sus piernas.

Ideas de placer bajo la mesa.
Música,
mirada verde,
mirada que se agarra a la pantalla con obcecado
[alejamiento.

Su cuerpo entero.
Una puerta cerrada,
su belleza violenta,
la mesa ancha de su comedor,
su cocina blanca,
su ternura inexplicable,
su calor cuando te mira,
cuando dice no,
cuando dice adiós
y le quemas los dedos.

Sed de abrazo
y hambre de piel.
Deseas su peso sobre tu cuerpo,
sus manos, tus caricias, tus lágrimas, sus sueños.
Pero te muerde la lengua
y dice que es generosa.
Pero no paga tus folios,
folios sin besos
sobre sus piernas abiertas.
Quieres tocar ahí en medio.

La mano sobre el mantel,
le dices que la toque y la aprieta.
Todo fue en ese instante hace ya tiempo
en el invierno.
En una habitación con vistas a los sentimientos
retiró la botella para besarte
y nacieron fresas en la moqueta,
limones y navajas barberas.



Jardín de idioteces,
 pasión de ascensor y de coche,
 bocados de realidad,
 placer y pena.
 Y ahora no encuentras sus manos,
 no escuchas su voz,
 no está entre tus brazos.
 Ahora la has perdido
 no sientes su piel,
 no avanza el tiempo,
 no te quiere.
 Retiene su aliento y desaparece, se va, ya se ha ido,
 [no viene.

Deseo, sexo, amor, hija de puta.
 Y sus brazos que juntan sus pechos.
 Su ropa, su bolso, sus pensamientos,
 sus mecheros.
 Pero otro recuesta sus párpados sobre su vientre.
 Otros dedos,
 no los tuyos,
 se deslizan sobre su piel.
 Otros labios besan la carne de su cuerpo
 y tú
 miras como duerme
 sentado en una silla
 frente a la cama vacía.

Sus mentiras,
 su huida, su miedo,
 tu dolor masculino,
 tu dolor expresionista,
 tus sueños,
 ahora necios, oscuros, espesos.

Poesía agotada, cansina,
 delirio de afecto,
 deseo... deseo...
 en silencio,
 en la escalera
 donde piensas
 en ella.

Te gusta ese vestido,
 te gusta como le queda.
 Por detrás sí que es generosa
 y sus manos nunca mienten.
 Deseas su olor, sus caricias,
 su cariño surrealista,
 su paladar, su cuello,
 su desconcierto.
 Deseas su cintura,
 el final de su espalda, sus dudas,
 su piel, su sabor,
 su peso sobre tu cuerpo,
 sus piernas abiertas.

Deseas su amor, su sonrisa, su mirada,
 sus lágrimas sobre la almohada.
 Manosear sus manos,
 besar sus besos...

Lo deseas.
 Pero no hay lado salvaje,
 no hay paseo,
 no hay viaje.
 No caminarás a su lado con tu brazo sobre su
 [cuerpo.

No es tuya su ropa
 ni te ofrece sus labios,
 ni la miel derramada,
 ni su cuerpo boca abajo sobre la cama.

Imbécil.
 Hoy no crees en la vida
 y necesitas ver el mar,
 recuperar el miedo a equivocarte,
 olvidar su cuerpo,
 olvidar los versos más tristes de Neruda,
 su noche inmensa y estrellada,
 olvidar que has pasado por sus sentimientos,
 que a veces has tenido la estúpida sensación
 [de hacerla feliz.

Olvidar que las querido,
 que no está,
 que se ha ido.
 Olvidar lo que es imposible de olvidar
 porque ocupa toda tu memoria,
 porque ella es todo lo que sueñas,
 todo lo que deseas.
 Porque es como la arena que descubre la marea
 como una raya de coca.
 El perfume de tu pensamiento

Olvidar.
 Olvidar que no quieres olvidar,
 olvidar lo que has olvidado
 y después mirar sus ojos.
 Después llorar
 y volver a olvidar.

◆ ◆ ◆

AGUSTÍN PORRAS

Director de la revista: " *Poesía, por ejemplo* " (Madrid)

POR FIN

a Alberto Bailón

■ ■ e soñado
que me entregaba a la muerte.

Lejos de temerla.
me aferraba a ella
como a un bote
las víctimas de un naufragio,
como a la vida
un joven enfermo terminal.

He soñado
que me entregaba a la muerte.

Ojalá este simbólico deseo
vaticine el adiós definitivo
a tanta enajenación

y despierte en mí
naturaleza suficiente
para existir sin miedo.

He soñado
que me entregaba a la muerte.

Pero si nada envidio menos
que toparme con ella cara a cara
(pues nunca como ahora disfruté
de verdadero diálogo con el mundo)
espero recibir agradecido
esta grave y última experiencia
que me reserva la vida.

Por fin soñé
que me entregaba a la muerte.



J. SEAFREE

Madrid, 1964. Poeta, mail-artista y poeta visual. Ha escrito " La piedra huérfana " (Valladolid,1994) y "Chocolate del mar " (Buenos Aires, 1995). Editor de la revista " La nueva poesía eléctrica (1992-95).
Escribe en el periódico de arte " La brocha (Gijón) y es coordinador y co-editor de la revista "Alabastro "

Una tarde cualquiera del mes de mayo
del año dos mil tres en el pequeño estudio
el sol será el mismo
las calles seguirán en su sitio
los libros afortunadamente llenos de páginas
de palabras de memorias y de sueños
una jovencita rubia estará estudiando
frente al ordenador
en el balcón el perro viejo o su recuerdo
las alegrías y las penas como hoy
y en el otro mundo
los periódicos las estrellas los políticos
las orillas inalcanzables o indeseables
las fronteras los conflictos las cifras
los políticos las estrellas los periódicos
en el otro mundo
con su nuevo siglo y su nuevo milenio
habrán cambiado tan pocas cosas
los problemas continuarán acaso iguales.

*(una tarde cualquiera del mes de
mayo de 1997)*

▲ Algunas mañanas camino de la oficina

me cruzo con un señor
que se parece mucho a Sartre

Mientras tanto en las llanuras africanas
los dientes de los leones devoran presas inofensivas

Y en un edificio peruano o japonés
soldados disciplinados asesinan a un grupo de rebeldes

Más cerca la ministra arrastra
la educación constitucional hacia entornos medievales

Y la televisión nunca informa
del canto de los pájaros urbanos
en los pocos árboles o en algunos balcones de mi calle

Las mariposas decoran sellos de correos
envolvemos zapatillas en bolsas de hipermercado
la rutina tantas veces no nos deja detenemos
cerrar los ojos descubrir horizonte alguno

En algún lugar habrá hombres aullando
poetas aullando lobos con los bolsillos rotos

Y todo porque algunas mañanas
creo encontrarme con Sartre.

(Abril 1997)



AMADOR PALACIOS

A UNA TAL

■ No puede ser. No es posible concordar en ese caos,
en esa ansiedad que se desangra en las horas inútiles
de la noche que retorna y se vuelve enteramente pelandrusca
a las puertas de los bares de una calle descolorida y molesta
donde putillas y gallitos estúpidos que van en putos coches de jodidos colores
metalizados,
reclaman alcaloides, junto a contenedores, como fantasmas que reclamasen
[visceras
por los campos de Escocia, Ay, ni siquiera eso.
Noche de nombres innombrables, falsos nombres, ausentes de concepto,
noches tan irreales y tan olvidadas como los agrios sueños tormentosos.

No puede ser. El hábito del bar vale mucho dinero,
conduce hacia otras trampas
que cuestan más dinero todavía;
y no merece la pena esa labia engañosa
que, al final, se convierte en idiotez maléfica
y pretende confundirse con una exótica pasión. Bah,
no merece la pena esa noche grisácea,
malvendida en la luz de unas pobres farolas,
con mentirosa luz sólo en las pobres ropas de colores chillones,
sin la verdadera luz, esa fosforescencia de los cuerpos desnudos, cobijados,
amándose sinceros en la noche
como sucede a veces.
Recuerdo el asco de la singladura
por la mísera posesión, por esa expuesta vanidad
nada elegante, y esas carencias afectivas
o esas compulsiones de un desgarrado e impotente deseo
que son entera consecuencia de haberte llevado mal con tu madre desde
[siempre;
yo no lo afirmo, querida, lo dice el psicoanálisis.



No puede ser. Es imposible mientras
falte ese Ángel Exterminador que muestre su castigo cortando
afilados pezones en las tetas de las últimas mujeres perdidas
y los labios babosos de los hombres
lamiendo un cieno edulcorado en ese inconexo tiempo que aún
no se ha sometido a la idea de la inteligencia ordenadora del mundo
y en el que enajenados os movéis los siervos de la cocacola y el aguardiente del
imperio.

Pero bueno, en el fondo y al fin y al cabo, " ca uno
es ca uno ", como dices, " y tiene sus caunadas ",
y el latín lo sentencia: " Ningún libro hay tan malo que algo bueno no traiga ".

Yo me largo. Nos vemos. Voy a fregar mi casa. Ahí te dejo, tranquilo, en esa
noche absurda

y en esa actitud absurda, con tu triste amante de antaño
chispándose y haciendo el gilipollas por ti y revoloteando como un pájaro
[herido

en tu falsa constelación de niña bien que ha cambiado muñecas por armas
" sonrientes ", tétricas como todas.

Y te hablo ahora, sólo ahora, cuando sé
que hay esplendor sobre la hierba, bajo un sol sin engaño y en la pura amistad.

Y aquí va la despedida:
De ese sabor de la noche patética,
de esa desolación fieramente sentida
durante algunas horas
ya me he quedado libre: la he inscrito en el poema.

(re)crear un plano largo
un punto de inmanencia
miradas se cruzan
líneas de fuga
paisaje
-del caos estético a la prehistoria de las redes-
Kairós: momento preciso a extensión
de referencias de referencias de referencias



AGUA CELESTE

Los nombres de los poetas en la pirámide.
Están quebrados.
Actitud grasa y rebeldía... el ARTE se llamó FUTURO
era un efecto turbador: impulso líquido.

En un mundo propiciado a la corriente
¿ a qué la dilación ?



Límites

Lo que al eco endurece y sobrenada intacto
brisando las orillas glaciares del poema;
lo que en el agua ondula la soledad de un rostro
y en el fuego se finge liturgia de la sangre;
lo que al labio retorna tras el vaivén del beso
y en la cintura ordena el brazo incalculado;
lo que en la luz desata el cáliz de la rosa
y en el paisaje agrieta la piel de los hechizos;
lo que arguye inminencias; lo que alerta y vislumbra;
lo que intuye y esconde su multitud de niebla;
lo visible impalpable; lo palpado invisible;
la pregunta flotante entre el cristal y el vuelo;
lo dicho y no nombrado; lo que se nombra y calla;
la lluvia, el ascua, el viento; el musgo del vacío;
el laberinto incurso en los espejos blancos;
la voz nocturna y densa; el grito de la luna;
el resplandor del tiempo chocando en la memoria;
la sombra perseguida y el roce de la muerte;
la arista y el perfil y el borde y la frontera.
Todo el núcleo del verso cercado por la nada.



HILARIO BARRERO

Visperas

■ ■ Hoy el primer gusano habrá lamido
con su lengua veneno la primera
carroña que el buril de la muerte
ha cincelado en tu pecho de cera.
Con la cal de su gula habrá marcado
tu sudario con semillas amargas,
enmascarado la niebla de tu aliento.
Bordando destrucción en el recinto
siento como se arrastra traicionero
por tus ojos de barro, convocando,
después de haber cercado el territorio,
al banquete final a sus soldados.
Un batallón de larvas te invadirá mañana
dejando tu esqueleto descarnado,
claustro para tu noche de ceniza,
desnuda seda en el tul de tus uñas.
Miro a mis herramientas de defensa
y me veo desnudo y oxidado,
sin coraje de bajar a tu lado
y rescatarte del campo de batalla
venciendo a las tinieblas que te secan
el pozo ciego de tu lengua de sal.
Y aunque soy de tu sangre y de tu carne
no sólo recuerdo el color de tus ojos,
sino que me amedrenta no conocer tu rostro
y que los mil gusanos me tomen de rehén
y me sentencien a dormir para siempre
junto al escalofrío navaja de tu cuerpo.



LIRAS FESTIVAS PARA J.A.V.

Te casas con la lira
después de tantos años de poesía
y tu mujer te mira:
es una apostasia,
un civil matrimonio en juglaría.

Liras multiplicadas,
subversivas, rebeldes y celosas,
liras acojonadas,
lentas, puras, preciosas,
liras en travestí, liras dudosas.

Mezclando lo divino
inventas teorías en lo humano
y asustas al vecino,
a Dios le das la mano
mientras Satán te quema por el ano.

A Berceo tuteas,
y a Garcilaso le haces competencia,
liras, si quieres, meas,
mear no tiene ciencia
el problema radica en la conciencia.

Estás amancebado
cubriéndote de liras y de lodos,
salvado y condenado,
inventándote apodos
a todos burlas y te ríes de todos.

Eres padre y amigo,
amante y protector; chulo y mecenas,
abogado y testigo;
ellas son tus cadenas,
los cilicios carnales de tus penas.

Juan de la Cruz te absuelve
y te destierra de su Antología,
la ecuación se resuelve:
un *pino* en herejía
une tu voz de cisma en profecía.

A la lira puteas,
amas, usas, celebras y castigas,
la preñas y cabreas,
la fuerzas y te obligas
a ser la principal de tus amigas.

En la " sala de juego "
algunos te condenan a la hoguera,
(carbón tu rima al fuego),
Torquemada te espera,
Siles se salta el fraile a la torera.

Dentro de muchos años
algún *boscán* descubrirá tus mañas,
tus trucos, los apaños
de las mil y una Españas:
el "más mejor" de todos: Villacañas.



ALIVIO DE LAS COSAS QUE ME SOBRAN

(Teorema de la condensación)

Después de tanto tiempo,
¿ de qué pueden librarme las palabras
si el dios no puede hurtarse
como los vagos pensamientos ?
¿ Mientras vamos navegando en la noche,
verá la oscuridad el manantial de sangre
de las humanas heridas de las piedras ?
¿ Al navegar se curarán ?

Ya no podré reírme con el humor infinito
de la historia,
porque no volverán las palabras a ser las brisas
íntimas que quisieron hacerme legionario
del mundo.
Después de tanto tiempo siguen avanzando
por mi cuerpo como el diluvio universal,
y los sapos se mojan en el charco maldito.



Después de tanto tiempo,
no debería marcharse el tiempo justo
sin escuchar de nuevo música en las colinas.
Mientras siga encendida la llama entre los cerezos,
que se quede la noche obligada a la luz.
¿ Se puede confundir al dios con el espacio
sobre tanta desorientada marcha destriunfal ?.

La idea me confunde con los itinerarios de la melancolía,
cuando aún le faltan fuerzas para sofocar la
rebelión de un recién nacido.

Entretanto, y después del enigma que nos une,
¿ con qué magia abriremos mañana
las puertas de la cárcel de la libertad ?,
¿ con qué mano ?

¿ Palabras después de tanto tiempo ?
Mientras juega Pigmalión, me voy a refugiar
en los brazos de la estatua animada.

Contemplemos una vez más
la secreta hermosura de la Nada.
¿ O aquello fue una infernal sala de juego ?

¿ Todos los muertos son un solo muerto ?
¿ No tocamos a muerto por persona ?
Quiero evitar que cundan las tentaciones de
sanjuanantonio, que no ha subido al cielo,
sólo vive del fuego en el paraíso de Cervantes.
Y es que todo lo cuenta.

Para vengarme de sus vanidades,
después de tanto tiempo,
voy a poner sobre la tumba de su gloria
los veinte poemas de Antón
y la canción inesperada de Boscán.

Al solitario independiente
le sigue Cohelet por todo el mundo,
y sus ángeles líricos tienen alas en la lengua,
se repiten volando.

Con el Dante en Toledo estoy a gusto,
él quiere a mi familia,
pero nadie sabe las cosas que me sobran
después de tanto tiempo.
Mas ningún verbo amar me llevaría de nuevo
a la conjugación poética del Greco sin prendérmela fuego.
Y es que después de tanto tiempo la oscuridad amordaza,
pincha la luz en los oídos y los ojos murmuran.
Porque me toman las palabras que no existen
y las lenguas que jamás existieron.
Amo lo que no existe,
lo demás me atormenta y me hace callar.
El homenaje a la lira en larga sobremesa con Luciano,
no fue nuestro deseo, fue una emoción cortísima
después de tanto tiempo.
Es que la Poesía estaba agonizando.

Navegando en la noche (año 1952). En 1988 A. Prada saca un LP: Navegando la noche. El tiempo justo(1954).
Ya en 1990, aparece Tiempo justo, de Viviane Nathan. Cárcel de la libertad(1969-71). En 1993 se publica el
libro de relatos de Michael Ende, Prisión de la libertad.

JESÚS PINO

Estoy un poco harto de estar harto
de todo.

Así que me conviene, para eludir la depresión gitana que me
[acecha

con su angustiosa faca del infarto,
rectángular el modo
de andar por la derecha,
y caminar con orden. (Anfibio, no lagarto)

Si paran el planeta, de un salto triple y limpio, yo me apeo.
No me gustan ni el rumbo ni el ambiente.

Para estos barroos mi juventud no pergueñó caminos.

Apesta el personal a perfume de rancio marujeo,
el mercadillo de la fama - ese grácil, chistoso y memo puterío
[incompetente -

me invita a comulgar con ruedas de molinos.

Y el paisanaje ríe las desgraciadas gracias de un apeles mendad y
[fariseo.

Harto me tienen ya con tanta coña.

Insisto. Yo me bajo.

O me borro de cuanto bebo y vivo.

Me ponen de los nervios. No aguanto tanta roña,

ni tanta risa verde de espantajo,

ni tanta maravilla de enano creativo.

¡ A mí la guillotina, el paredón, la hoguera, la ponzoña !

Ya no puedo seguir viviendo cada instante
a gritos con la tele y sus cadenas.

Así que punto en boca y a vivir que son dos días.

Que el mundo sigue así, pues adelante.

Yo me hago de derechas y al cielo con mis penas.

Me tomo un lesatín y un motiván y paaaso de teorías.

Que cada cual encuentre su calmante.



El amante

Me recuerdan Su rostro
ahora que hace siglos desde entonces.
Me recuerdan Su rostro y no sé dónde vive,
qué perdón y que máscara le dieron el sosiego.

Ahora que hace un siglo,
sus ojos en los ojos más lejanos:
cruzan la calle, vienen, brillan en su secreto
como si me mostraran Su secreto,
como si fueran sabios y supieran Su nombre.

Será porque este tiempo cicatrizó la herida;
sólo es inmune el hielo a la luz intocable
y, más allá, Neptuno guardando lo que fuimos,
redondea su rastro de planeta extinguiéndose.

Confundo Su chaqueta con el pliegue
de un hombre contenido por su propio silencio,
desorientado Su prisa
y corro hasta alcanzarlo y nunca es Él.

Será porque he mezclado mi amor con los olores
de Su sudor, Su pelo, o porque me parece
que Él inventó en mi cuerpo los mejores abrazos
y que me rescataba del nido del no ser.

O quizá es que ha llegado el tiempo indiferente:
igualo Su recuerdo con las sombras
y puedo demorarme soñándolo a mi lado
antes del gran instante lujoso del olvido.



CORAZÓN DE ORO

Neil Young

Me muevo entre cadáveres
y a veces su belleza me deslumbra.

Cuerpos enamorados
convertidos en flechas
y otros asesinatos: cómo hacer
ansias de las señales en mi boca
y mi vientre.

¿ Qué tiempo, si volviera a repetirse,
exactamente fuera
como un sueño temido ?

Me muevo entre cadáveres y rastros
de un animal dudoso e inefable,
rastros de lo que el viento
arrastró cuando hablaba del futuro.

- No escribiré jamás sobre la muerte -
me digo desdoblándome.

Sin embargo,
incesantes cadáveres
parecen relatar
de qué modo me entrego al enemigo
y en qué perfil permito devorarme.

L'ESTRO ARMÓNICO

● Qué descanso no reconocer larvas
del corazón romántico: burbujas
que hacen ¡ plaf ! cuando las rozas, paisajes
demasiado lunáticos, palabras
que emocionan al público, que hieden
melancólicas.

Qué descanso repetir una frase
hasta excederse,
despreciando las imágenes, yendo
sin principio o final, sin la dulzura
de tenues cadencias o películas
en África.

Qué descanso transformarse en violines
virtuosos.
Sólo malabarismos con el arco
de un violonchelo acorde con el clave.
Sólo un allegro ajeno a otro sentido,
sólo ajedrez jugado sabiamente.

Qué descanso la tenaz armonía
de una pasión
doblegada
a un orden que penetra en el desorden
hilando tracerías de sonido
que se pierden en sí mientras desbordan
el orden más y más diseminado.

Como mi nuevo gesto en el espejo,
como mi vida nueva al otro lado.



LA ALEGRÍA DE VIVIR

I

Es el bello reclamo de la danza.
El sol es un pandero entre sus manos,
de luces amarillas y carmines.
Y se encienden las velas de los barcos.
Los dioses aletargan sus miradas
y se asoman al cielo del reclamo.
Dos cabras brincan locas por el aire
al ritmo de las flautas de un centauro.
Pero es Quirón, su música que sana,
su alegre clarinete entusiasmado,
quien hace florecer el campo de oro
hasta que las espigas lloran granos;
Quirón, el que consigue que la bella
esparza sus cabellos en penachos,
aleje con sus senos la tormenta,
con sus senos, que son hermosos ámbitos,
desate el huracán de sus caderas
y cuaje de hojas verdes y de nardos
el poste del teléfono que, al oeste,
quisiera, en vez de poste, ser un árbol.



II

Alégrate, ¡ oh amor!,
despliega tu sonrisa más, si puedes,
que a esa joven desnuda entre los árboles
el viento del Oeste,
soplándole dulzor entre los muslos,
la ha preñado de flores y hojas verdes,
y ahora alfombra tus pasos con sus dones,
como si pasos de una diosa fueren.

Alégrate, ¡ oh amor!,
goza tu suerte,
que el arquero que lanza sus venablos
ungidos con sus mieles,
desde una nube grácil e incolora
tu belleza magnífica protege.
Y las tres ninfas
celebran tu presencia, en danza leve,
bajo tules de bruma perfumada,
caricias transparentes,
que elevan la hermosura de sus cuerpos,
onduladas promesas de placeres,
a la lubricidad del bosque,
de las frutas silvestres.
Y se enlazan las bellas por las manos
con anhelos de amarse ardientemente.

Alégrate, ¡ oh amor!,
que el apuesto galán que se enternece
jugando con las nubes, con el bosque,
es todo para ti, si tú lo quieres,
sus labios, sus cabellos,
el tierno arrullo de sus brazos fuertes,
la melodía de su piel suave
y su ímpetu de dios bajo tu vientre.



METAPOEMA DEL DESAMOR

■ ■ e escrito poemas de ambiente urbano
donde los objetos caen y se desarrollan
y se extienden cubiertos de pátina
en la niebla de algún recuerdo
muy incrustado.

Composiciones de moda, actuales,
con intentos de metáforas originales
e ideas nunca vistas
que casi siempre distorsionan
ese golpe de pecho
que me obligó a pasar el tiempo
ensuciando
de memoria vana y fútil experiencia
papeles inocentes.

Otras veces, es cierto, te veo nítida
montada sobre un sintagma logrado
o escondida tras un verbo duro
que hace sangrar un predicado
gangrenado por el tiempo.

Al fin, las imágenes y las palabras
forman el alféizar en el que apoyo
tu presencia ennegrecida por la ausencia
para asomarme a esta ciudad
y comprobar de nuevo
que la dulce tristeza
sigue columpiándose en mis dedos.

LÍNEA MUERTA

Mientras tu amor contaba los minutos
que le faltaban para bajarse,
yo imaginaba autobuses alados
sin paradas,
directos al confín del tiempo,
sin pasajeros, ni conductor,
con motor de cuatro válvulas.
Tú hiciste traspardo
y mi vida empezó a echar humo.
Este recorrido queda cancelado.



VACÍOS

Cuando te alejas
se me dibuja sobre la carne
un espacio en blanco, un hueco
con la forma de tu cuerpo distante.
Me crecen vacíos
sobre los hombros
en el pecho
en el vientre
en los muslos.
Me crecen vacíos
en cada rincón de este espacio
que has hecho tuyo
a fuerza de caricias y contraseñas.
Cuando te alejas
puedo seguir la silueta de tu ausencia
con sólo palparme
las grietas y los túneles y los pozos
que se me abren en la piel
de tanto estar
echándote de menos.



COSTUMBRES

Uno se acostumbra al insomnio
y acaba por reservarle sitio
en un extremo del colchón.
Se acostumbra
a llevar los bolsillos deshilachados,
como el alma
o como el recuerdo.
Uno se acostumbra (¿ por qué no ?)
a que los silencios reboten
siempre sobre los espejos.
Y hasta a la costumbre se acostumbra uno
cuando no queda más remedio.

TOLEDO

Cuando el soñador aprendió a soñarles
laberintos al viento y espacios subterráneos a la piedra,
construyó tu reino de calles
forjadas a mano con quejidos de hierro.
Cuando el soñador aprendió a soñarte
te guardó en un cofre de murallas
y de espejos que sólo se abren
bajo la mirada de otros soñadores.
Te seguimos soñando siempre,
ciudad mil veces fugitiva y mil veces descubierta,
dejándonos adormecer por el embrujo de tus silencios
y por el sabor a prohibido de tus labios.



Baja sin definiciones

con dignidad y entusiasmo idílico,
como nómada de sueños y recuerdos,
mientras se queman sarmientos
en un cine de lluvia
y calcetines mojados.

Así nos fuimos
a asaltar el mundo
los ríos o el océano.

Para no ver los hijos con párpados azules
me desarraigo de ti
y lanzo el traje de novia
blanco
de brocados y tules
al Cuervo.

Como un cisne salvaje,
con la virginidad a cuestas,
en una utopía perfecta.

... Y el otoño deshecho en hojas
flotando por el Júcar.



Al recorrer la muralla
como un itinerario poético
siento que podría ser digno el final.
Las sandalias que siempre
pisotean un verano en mis ojos
arrancan los sonidos
de buques muy distantes.
Son mares tan distantes,
océanos que bañan secretos metafísicos.
Los pájaros del tiempo
han bebido en mis venas.
Sirenas de altamar
enredan los cabellos en ribazos
y devoran arbustos con las leyes del mundo
sobre un damero que ordena
un amor cartesiano.
La muralla inquietante,
erosionada, fría
descuelga los harapos de siglos en la noche.



JESÚS PINO

Dos poemas dedicados

A Elena

Un madrigal quería,
antes de irme a dormir, querida Elena,
cantar, sin guasa, sobre, y sí con pena,
el gato que hoy castraste.
No maullará más noches en desvelo
la llama de su celo,
que eunuco para siempre le dejaste,
y así le condenaste
a ser un gato gay con voz de tordo,
un gato de sillón, televidente, marujón y tristón,
[descojonado y gordo.

A Lucía

Con su vestido rojo,
la flaca,
va a la feria.

Con su vestido rojo
y su rubia melena,
está guapa la flaca,
(parece una princesa).

La bruja mala de todos los cuentos
- que vive en las penumbras de las ferias -,
le dará una manzana, roja y dulce,
envenenada con tres anorexias:
la del amor,
la de los sueños,
la de viajar a todas las ciudades del planeta.

Con su vestido rojo, la flaca, por la feria.



MOMENTO MÁGICO

■ Hubo un momento mágico
(no recuerdo cuándo, por qué...)
que quise detener en su virginidad.
¡ Si mis manos desnudas,
deformes,
no se hubieran cerrado...!

¿ Cuándo será posible
que su magia de fuego
libere mis pasiones
y las desencarcele,
rompiendo las cadenas oxidadas,
los cerrojos, las...?

Fue ese momento
de todos los que, en sueños,
buscamos otros mares
sin descubrir,
sin explorar,
sin nombres,
desconocidos.

Yo quise permitirle
que fuera amigo mío,
en silencio,
compañero sin nombre,
sin domicilio.



Pero se fue de allí,
del lugar de la magia,
del lugar sin encuentro,
atravesándome,
como atraviesa el viento la veleta
sin detenerse.

Sé que volverá.

SONRISA

¡**Q**ué bonito es lo bello,
la sencillez humilde
de una sonrisa,
que se alarga sin límites,
sin esconder su rostro,
hacia un mar de ternura
donde el OTRO la abraza
en su aliento de vida!



DESNUDOS

¿ **R**ecuerdas aquel verano
que nos bañamos desnudos?
Lo vimos en las películas.

¡ Cómo me acuerdo del beso
que nos dimos en la orilla
con las ropas en las manos
y escondidos en los juncos!

¿ Recuerdas aquel verano
que nos bañamos desnudos?
Lo vimos en las películas.

Nos bañamos por la noche
(¡ cómo si fuera algo malo
ver yo tu cuerpo y tú el mío!)
Yo buceaba en tus sueños,
tú, en mi querer clandestino.

¿ Recuerdas aquel verano
que nos bañamos desnudos?
Lo vimos en las películas.

Yo no me atrevía a mirarte
(¡ me daba tanta vergüenza!)
y tú bajabas la vista.



¿ Recuerdas aquel verano
que nos bañamos desnudos?
Lo vimos en las películas.

¡ En el agua fue otra cosa!
Yo sembré el trigo en tu cuerpo
y tú en el mío los rastrojos.

¡ Qué bonito fue el verano
que nos bañamos desnudos!
Lo vimos en las películas.

SÓLO ME BASTARÍA

Sólo me bastaría, sin más,
extender estos brazos,
que siempre cuelgan pegados a mi cuerpo,
hacia lo bello,
sin separarme de esta tierra inhóspita
que me sirvió de cárcel
desde el primer aliento
que me negó tu boca,
y atravesar con ellos
las cimas que me ocultan otros brazos,
abiertos desde siempre,
esperando el encuentro.

Sólo me bastaría desarraigarme
de los miedos de niño,
viajar de polizón en algún barco
que vaya a la otra orilla de tu piel
y allí desembarcar en otro aliento.

SANTIAGO SASTRE

A Anabel, oasis y granero

Te digo que me sabes a limón tranquilo.
Quiero hablar de ti
y mis manos me interrumpen y me explican
que en la savia de sus árboles
huele la flor de tu perfume,
mis ojos me cuentan
que se han bañado
en la luz dulcísima de tu océano,
y en mi corazón hay más jaleo
ahora que tu voz ha provocado
que mis latidos comulguen
un verano lleno de sandalias,
azules, quésientes y ríos despeinados.
Quiero acariciar la cabeza
a esta feliz trashumancia
y paladear en silencio su hermosura.
Y cuando cierro la boca
los labios me susurran que decir amor
es ya pronunciar tu nombre.

En el horizonte fugaz del crepúsculo
el sol y la ciudad se ponen
hasta la alborada
enlazados con el vínculo del Tajo.
Un río de tinta los une
con los más egregios calificativos
y graníticos matices, con los sonidos
concordes de un arpegio inaudible.
Allí los arciprestes y arzobispos
fueron músicos, poetas y filósofos
y los caballeros arquitectos
para una sola dama, súbditos
enamorados de su única ciudadela.
Y a la mañana el sol y la ciudad
se ponen verdes, matorrales y jaras
de unos cigarrales donde el médico sabio
seleccionó la planta medicinal para su libro,
el escultor la piedra macho para sus manos,
el pintor el esbozo de un mural para la historia,
el músico una salve para la Señora,
el capellán una jaculatoria al Eterno
y el mozuelo que fui un verso escolar
desde su colegio menor del castillo San Servando.



LUNA BLANCA

▲ceros de la Luna,
puñales blancos clavados en la tierra.
Vigilia eterna de la luz. Ojo de nadie.
Llama de pura soledad.
Testigo del fulgor en la distancia.
Oscuridad herida, Luna:
señora de silencios agrillados
que rigen los acordes de la noche.

Hay una leve sangre de los últimos pájaros
en la luz que agoniza.
La noche vive en el silencio,
desciende por los troncos apagados
a descubrir las sombras
y escucha la voz de las raíces,
siempre viva, despierta en el regazo
de la templada tierra.

Inmóviles reflejos de la noche
brillan entre las piedras
al pasar su mirada por los campos.
Rayando los tejados impotentes
alarga chimeneas. Luna:
secreto baño transparente.
Horizonte de luz que muere lenta
dejando un halo de estupor entre los ojos.

*

SOLO UN SUSURRO AL ROCE DE LAS VENAS

de mis felices dedos soñadores,
y tan leve la voz de los tambores
que no se despertaban las arenas.

Alguno de sus poros oyó apenas
el húmedo correr de mis sudores,
cuando se abrió, con todos sus clamores,
el templo de la piel sin sus cadenas.

Los vasos de su pecho me invitaron
al mágico libar de la bebida
que el fuego y la pasión me regalaron.

La aurora del amor no está dormida.
Las rosas de su pubis despertaron
y alzaron sus aromas a la vida.



JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

TARDE DE OTOÑO CON UNA CIUDAD AL LADO

▲ Ahí está la tarde.
Frente a los despeñaderos verdes
que aguantan hace siglos
el peso gris y ocre
de la ciudad del tiempo,
tendida en la pendiente
como una dama antigua,
lánguida y hermosa, vestida de brocados,
ardiente en su secreto
a la espera del amado,
seductora,
en el vergel florido
a un paso de la noche.

Ahí está la tarde:
quemándose rojiza,
sobre las piedras y el tomillo,
con olor a hoja seca y a lluvia futura;
la tarde flameante que arde en las almenas
señoreándose de las torres, de los puentes,
de los muros del castillo,
de la sierpe de asfalto que sube hacia la ermita.

Ahí está la tarde,
pintada en la ladera con un pincel de fuego,
mirando la ciudad con su cristal naranja.
Sus ojos de mentira
decoran con sus llamas las alturas
reverberando inmensos en las torres de las iglesias,
en las espadañas de los conventos,
con el último aliento del sol.

Ahí está la tarde.
¡ Miradla !
Se escapa sin sentirlo
y mancha de luz roja cuanto toca,
en un desesperando intento
de sobrevivir
al día.

EL TAJO ES UN CAUDAL DE POESÍA

El Tajo es un caudal de poesía
que rezuma poetas
- Caliope lo dijo en nombre de Cervantes -.
Divide en dos el mapa
dejando en sus orillas
versos y ecos, y nombres
y más nombres,
entre arenas doradas repetidas por los siglos.
Salicio y Nemoroso - juntamente -
pisaron sus riberas deleitosas,
cuando Garcilaso deshacía
la esmeralda de cien verdes,
cruzados por el cauce que refleja
antiguos edificios boca abajo.

El Tajo es un sendero de poetas
que empapa los cimientos de Toledo;
su cauce se estremece y se emociona,
y se repite en su fluir eterno,
al tiempo que el murmullo de las aguas
se disuelve en metáfora infinita,
con la voz de los versos que viajan en sus ondas
y no paran,
de la cuna hasta Lisboa.

JOSÉ PULIDO

José Pulido es poeta en esencia. El verso no le asaltó como a otros en mitad de la adolescencia o tras las primeras consecuencias del amor. Soy su hermano y desde pequeño lo he observado como él no sabe que lo he hecho.

La creatividad, la armonía, la genialidad asaltaban cada cuento que me narraba en las tardes de siesta. Antes de escribir ya era poeta; quizás todos lo sabíamos sin saberlo; quizá él lo ignoraba, y aunque no hubiera sido así, Pepe lo hubiera ocultado porque le repugna la vanagloria.

Desde el momento en que fue consciente de su relación con el verso, la vida, la muerte, el pasado, las reflexiones pequeñas del que simplemente existe, las preguntas cotidianas que se hace el ser humano en mitad de su entorno, fueron los temas que le motivaron a la hora de sentarse frente un papel a garabatear imágenes y sentimientos.

Se estrena en nuestra revista, pero José Pulido tiene publicados algunos libros: " *Donde se escribe el silencio* " y " *Viejos Rituales* ", con el cual ganó el accesit del Rafael Morales en 1989. Además ha ganado el certamen de Poesía " Carta Puebla " de Miguel Turra y ha colaborado en diversos periódicos y revistas.

Únicamente puedo decir que me siento enormemente orgulloso de poder presentar literariamente a mi hermano en Hermes, a él que empezó a escribir mucho, mucho antes de que yo supiera lo que es extraer placer de una página impresa.

Benjamin Pulido Navas

FIESTA DE LA VIRGEN

Peregrinar es volver río arriba
hasta el lugar y el momento inasibles
del origen, los veneros
donde comenzó nuestra memoria.
Allí se encuentra el oro, separado
de la ganga, antes de hacerse
barro en el camino que sueña con el mar.

El santuario es una blanca caracola,
una campana en las altas catedrales
de la sierra. Allí habita la Madre.



Ella es hogar encendido, torre
airosa, misterio que conjura
los deseos en una llama, un lecho
ardiente de cenizas que duermen a sus pies
y son ofrendas que ya no se recogen.

Espesuras de fresnos y castaños;
en el seno del hontanar se alza
la Piedra de las Apariciones,
el viejo granito modelado por siglos
de plegarias. Es un lugar santo,
un templo para escuchar el silencio
que se viste de brisa entre las hojas,
de agua en la voz serena de las fuentes.

Pero hoy todo es abundante, todo
se multiplica y se derrama: por la puerta
grande de la Fiesta se llega Dios
a nuestros días y entra sin medida,
colma de color las cosas, despierta
una alegre desbandada de sentidos.
El sol de Septiembre aun quema, la Misa
y los aromas del incienso parecen
más solemnes, más hondas las canciones...

La Virgen se ha posado otra vez
sobre la Piedra. Son muchos los nombres
de la multitud, alzan el vuelo
los corazones embriagados por el vino
y el afán de la subasta. En todos
el mismo sentir, la loca esperanza
del regreso, la casa de la niñez
donde una madre espera. El milagro
está otra vez entre nosotros:
vuelve a la vida la cabra del pastor,
a tierra firme el naufrago de la tormenta.

CARNAVAL

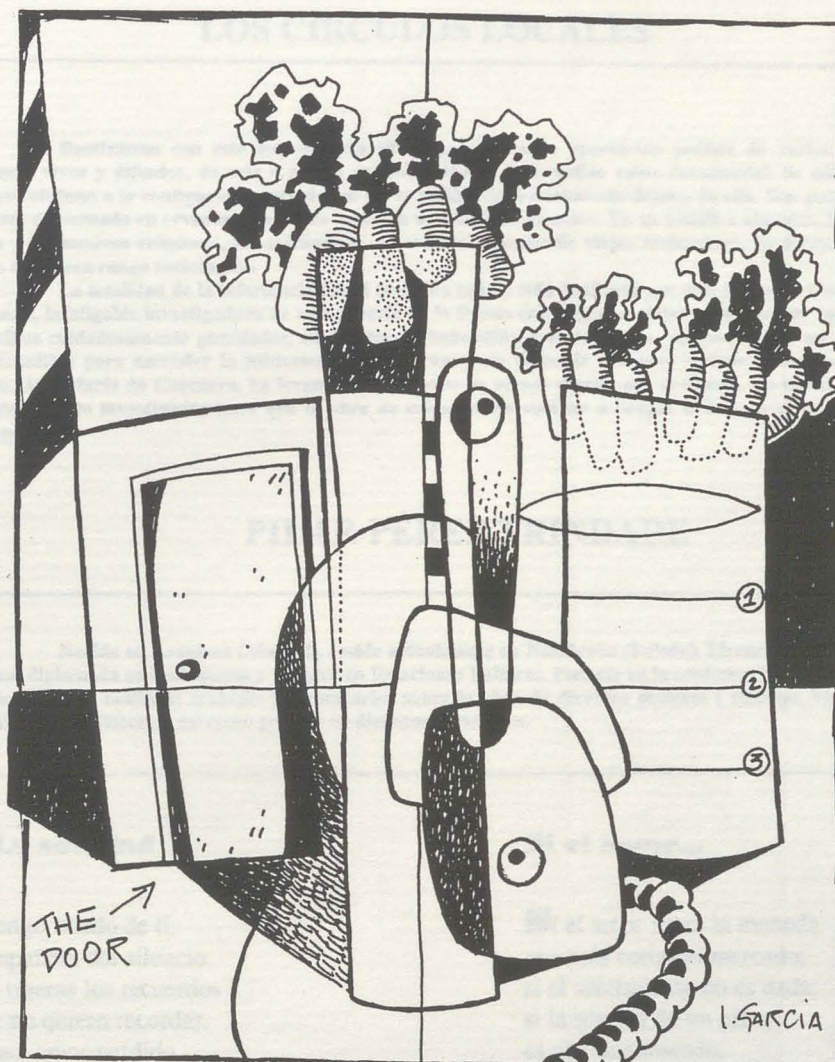
Momentos del ritmo y de la noche
que abren su abanico en la piel
de los cuerpos travestidos y sexos
como vestiduras que se abandonan,
se suceden en un carnaval sin fin
donde toda identidad es posible.
A un lado de la máscara
que me cubre y me da nombre,
un punto sin luz, un vacío,
una pregunta que solo tiene ecos.
Del otro las miradas me confunden
entre disfraces y postizos,
me desfiguran con adornos
que tejen en sus sueños.
Este cálido terciopelo de antifaz
es lo único mío y permanente.



FIESTA DE LAS LUMINARIAS*23 de Enero*

Jinetes de caballo y noche,
de hombre y fuego,
por un país que no es lugar,
que atraviesa los corazones
y los días. Máscaras ante la trágica
flor de las hogueras, saltos
como trayectorias de planeta.
Queman la amontonada maleza
del hombre, le libran de sus hojas
más caducas y levantan la figura
escueta del tótem, su símbolo
más puro, el sello de la estirpe.
Toda la piel del Universo se conmueve
en el baile de las llamas y un rítmico
galope de monturas por las calles.
Al fin, el humo de la hoguera
y la ebriedad de los jinetes
abren el portón grande del día
y todo lo que vive espera su bautismo
en los colores, en la brisa de la aurora.





SHE CAME IN THROUGH
THE BATHROOM WINDOW...

**Desde ayer que te fuiste
hay humedad y frío hasta en la música**

(Roque Dalton, " Hora de la ceniza ")

LOS CÍRCULOS LOCALES

Bautizamos con este improvisado título geométrico la aportación poética de varios autores toledanos, vivos y difuntos, de más o menos calidad, pero de indiscutible valor documental. Se extiende el término toledano a la configuración provincial y a la residencia o nacimiento dentro de ella. Son poetas cuya obra está diseminada en revistas o en algún volumen de difícil localización. En su temática abundan las glosas locales y los motivos religiosos, encontrándose, a veces, testimonios de viejas costumbres, ya desaparecidas, que les confieren rango sociológico.

La totalidad de la información aquí recogida nos ha sido facilitada por Ana María de Corcuera y Hernando, infatigable investigadora de esta parcela de la Poesía escondida en viejos cuadernos de familiares, en librillos cuidadosamente guardados, en folletos de buhardilla. Gracias a ella, disponemos de un material imprescindible para entender la misteriosa y subterránea ola lírica de nuestros vecinos. Minuciosa en su trabajo, Ana María de Corcuera, ha levantado un chorro de versos cegado por el tiempo. Su tenacidad y su paciente espíritu investigador hace que la obra de estos poetas vuelvan a ocupar el lugar y el sitio que les corresponde.

PILAR PÉREZ TRINDADE

Nacida en Aranjuez (Madrid), reside actualmente en Nambroca (Toledo). Licenciada en Filosofía y Letras, diplomada en Enfermería y Técnica en Relaciones Públicas. Ponente en la conferencia " Psicología en Dostoievski ", ha realizado trabajos y comentarios sobre la obra de diversos pintores (Hidalgo, Villanueva, Frédéric Cubas-Glaser...), así como poemas en distintos periódicos.

La soledad

Tengo miedo de ti,
compañera del silencio.
Me traeras los recuerdos
que no quiero recordar.
Aquel amor perdido...,
los fracasos del azar,
lo no recuperable,
lo pasado y por pasar.
Harás que se refleje en el espejo
la vida vegetal,
la ajada niña,
que tuviste a bien matar.

Si el amor...

Si el amor no es la moneda
que más cotiza el mercado;
si el sentimiento no es nada;
si la sonrisa de un niño,
es algo manoseado;
y si el amor de mi vida
es un sentimiento raro...,
quiero irme madre mía
a la sierra con mis cantos
y contarle a aquellos ciervos
que un día tú me enseñaste
que el mundo tiene otros cantos,
donde el amor es entrega,
donde el odio es un pecado,
y la sonrisa de un niño,
vale más que un batallón
de guerreros mercenarios.



BENIGNO ALONSO

Benigno Alonso-Rodríguez y García-Tenorio, nació en Fuensalida el 15 de marzo de 1896 y murió en Madrid el 26 de Febrero de 1966. Vivió durante varios años en Torrijo ejerciendo el oficio de sastre. Colaborador del diario católico " El Castellano " (1920-1936) y de las revistas " Guadalupe " e " Inmaculada ". Fundador de la revista " El último grito " y autor de un libro de poemas titulado " *Arco sin flecha (Poemario íntimo)*" (Madrid, 1963)

CANTO A MI PUEBLO

Canto al pueblo donde el Sumo
me hizo salir del misterio;
donde vi la luz primera
y sentí el primer aliento.
Canto al pueblo en que mi alma,
ávida de luz y verbo,
se fue formando entre dulces
canciones, risas y besos
de mi madre, que llenó
mi existencia de consuelos,
mi alma de eternidades
y mi corazón de ejemplos.
(¡ Mi viejecita ! ... Qué tarde
los humanos comprendemos
lo que es una madre...) Ella
supo hincar en mi cerebro
este amor que vivo y gozo
al cantar hoy a mi pueblo;
el de la parda tierra,
el del gañán mañanero,
el de la moza garrida,
el de los cristianos viejos.
El que escribe sus tonadas
en la pauta del terreno,
fija la vista en el surco
y el pensamiento en el Cielo.
El que sabe de las mieles
y las hieles de los tiempos.
Pueblecito de Castilla
que vive siempre en silencio
sin más ambición que el campo,
sin más luz que sus recuerdos,
sin más gloria que la gloria

de sus brazos; sin más fuegos
que el de su sol y su fe,
y sin otros monumentos
que las murallas de espigas
que levanta con anhelo
cuando en junio la cosecha
premió con creces su esfuerzo.

TRÍPTICO TOLEDANO

1

Toledo: la ciudad triste y hermosa,
cual la princesa por Rubén descrita;
la ciudad que conserva una mezquita
y un zoco y una iglesia portentosa.

La TOLETUM, en tiempos fastuosa
mansión de reyes que la Historia cita,
jardín de ensueño do el mortal medita,
del Arte cuna y de los siglos fosa.

Donde dejaron genios esculpida
la esencia misteriosa de su vida
en bronces, piedras, joyas, miniaturas...

Tu nobleza y tu fama bien notoria
dejaste en los anales de la Historia,
para asombro de razas y culturas.



2

Toledo: la de bellas tradiciones;
la de tantas leyendas peregrinas;
la que tiene por pie siete colinas
y la coronan viejos torreones.

La ciudad de los típicos rincones
ante los cuales tu mirar reclinás;
la ciudad singular en que las ruinas
son monumentos dignos de atenciones...

Grito de hispanidad desde su loma;
omnímoda gemela de la Roma,
del Arte sacrosanto relicario...

De la Historia compendio victorioso
y de la fe recinto clamoroso
que preside la Virgen del Sagrario.

: GRACIAS, SEÑORA!...

Al gran poeta Alfonso Camín

Llegó el dolor, ineducado y mudo,
con esa grosería del más fuerte,
y pronto se entabló el combate rudo
de mi quebrada vida con la muerte.

Cerré mi guardia abierta, mas no pudo
mi corazón, en tan adversa suerte,
resistir más, y con postrer saludo
humilde se rindió, quedando inerte.

Ya puedes patronar en mi barquilla,
pasándome, Señora, a la otra orilla,
mientras ante mi Dios me reverencio...

Que por mi senda, llena de amargura,
encontré mi destino y mi ventura
en la gloriosa Altura del Silencio.

3

Bajo el manto sublime de su historia
duerme Toledo, plácida y tranquila,
soñando de su ayer toda la gloria
que por sus grietas sin cesar destila.

Dejémosla soñar...El rudo peso
de sus años la tienen abatida,
y hay que ponerle el bálsamo de un beso
en cada cicatriz de cada herida.

Maltrecha por los siglos a su paso
se rinde con albores en su ocaso
mientras murmura pláticas secretas...

Y aún mantiene su noble ejecutoria:
por eso sueña de su ayer la gloria
que sin cesar destila por sus grietas.

: NO CAMBIO !

A Alfredo Gullén Olivé

No corras por el áspero sendero
de la vida: que son los anchos prados
con su visión de paz, los más preciados
goces del mundo, duro y lastimero.

No cambio mi diciembre por tu enero,
ni mi sombra por cielos despejados,
ni mis penas por goces alocados,
ni mi mal por el bien más placentero.

Gozo la dicha de mi triste suerte,
- aunque ya doy mis lances a la Muerte -
y hasta el dolor en bien trocó mi daño...

Paso sin distinguir las estaciones,
y relleno el panal de mis canciones
con la miel que destilo todo el año.



MÁXIMO MARTÍN-FORERO FERNÁNDEZ

Nace en Polán (Toledo) el 8 de Junio de 1912. Su niñez transcurre en Sevilleja de la Jara(Toledo), donde aprende las primeras letras. A los nueve años se traslada con sus padres a Toledo donde vive su infancia y juventud; aquí cursa sus estudios primarios y la carrera de Magisterio. En 1933, en las Escuelas del Prado de Talavera de la Reina hace sus prácticas escolares, ingresando, por oposición, en el cuerpo del Magisterio en 1935. Finalizada la guerra civil española, y por motivos políticos, es separado del escalafón, quedando inhabilitado para ejercer su carrera. Desde entonces y durante cuarenta y tres años ejerce diversos trabajos, hasta que, con carácter definitivo, entra a formar parte de la plantilla de una empresa constructora especializada en la construcción de silos, como contable-pagador. En marzo de 1979 se integra de nuevo al cuerpo del Magisterio, ejerciendo de profesor de E.G.B. en el colegio nacional Juan Pablo VI de Madrid hasta su jubilación.

Obra publicada: " Guía poética de Toledo ". Imprenta Ebor. Talavera de la Reina.1980, con ilustraciones de Ángel Castellano Gorjón.

TOLEDO

Timbres de gloria son tus callejas,
tus espadañas y monumentos,
góticas torres de iglesias viejas
y misereres de los conventos.

¡ Calles morunas,
flor de leyendas...!

¡ Quién no te canta las emociones
de tus antiguas, tristes plazuelas,
saboreando las tradiciones
de tus murallas y tus almenas...!

¡ Cuán lento corres
Tajo adorado...!

Los ruiseñores cantan canciones
junto a las ramas del nido amado
como yo canto por los rincones
entusiasmado.

¡ Torre mudéjar
velas de plata...!

Habla tu historia escrita en la piedra;
dicen tu fama cien campanarios
y entre los muros crece la hiedra
de monumentos ya milenarios.

¡ Templos cristianos,
cruces latinas ...!

Cada escudo que
a los vientos pregona su grandeza
en moldes de granito; la realeza
y perfumes de un tiempo, ya pasado.

A la faz de la noche peregrina
Toledo rie y brilla su silueta
en corona de luces. La coqueta
catedral ofreció mansión divina

a preclaros varones paladines
del honor y la gloria toledana.
Resuena el rumor seco de clarines

entre viejas murallas. La campana
anuncia entre celajes los maitines
en la aurora feliz de la mañana.



EL BAÑO DE LA CAVA

▲ la orilla del Tajo caudaloso,
con remanso de luz resplandeciente,
a un viejo torreón retrata airoso
el límpido cristal de la corriente.

Entre nardos de raso candoroso
allí negó Florinda sus encantos
al rey godo Rodrigo, quien celoso,
puso cerco a la joven sin quebrantos.

Por " Baño de la Cava " es conocido
lugar tan apartado y reverente;
allí, violó Rodrigo, el insolente

a la núbil doncella, enloquecido;
allí perdió Rodrigo su reinado;
allí fue de su trono, destronado.

PLAZA DE SANTO DOMINGO

■ La plazuela en silencio sumergida
y por luna de púrpura alumbrada
tiene aspecto de dulce enamorada
con la noble emoción de su venida.

Canta una campana entristecida
y las monjas acuden a maitines
calladas, como mudos serafines,
con la gracia en sus rostros, contenida...

Estampa de romántica belleza,
que el oro de los siglos rescuita
mostrándole al nocturno su grandeza.

Bajo el pórtico viejo de la ermita,
Gustavo Adolfo Becquer, triste, reza
sumido el corazón en grave cuita.

VIEJO ZOCODOVER

■ La nieve del almendro florecido
la guarda, vieja plaza, tus mujeres,
sus risas, sus miradas, sus placeres,
las mieles de aquel día revivido...

El alma de los siglos se ha rendido
a tu estampa de estilo clasicista.
El Arco de la Sangre es la conquista
del último suspiro estremecido.

Un perfume romántico y señero
desprenden las mujeres toledanas
al cruzar por tus viejos soportales

de flores, de tomillo y de romero...
Hay dúo de tambores y campanas:
duerme el reloj. Reposan las vestales.

SANTUARIO DEL VALLE

■ La Virgen del Valle ha sido
como la arisca paloma,
que al borde de agreste loma
ha colocado su nido.

El Valle siempre ha tenido
en su imagen venerada
una rosa cincelada
con su vibrante latido.

Es una joya divina
de más quilates que el oro
engarzada en el roquedo...

Es cual madre peregrina
que con su manto de coro
está arrojando a Toledo.



ANGEL DEL VALLE NIETO

Nace en Talavera de la Reina (Toledo). Estudia Bachillerato en el colegio Ntra. Sra. del Buen Consejo (Padres Agustinos) de Madrid, donde nacen sus aficiones literarias. Farmacéutico. Diplomado en Sanidad. Co-fundador y director del Colegio " Adalid Meneses ", es en la actualidad vicepresidente del Ilmo. Colegio Oficial de Farmacéuticos de Toledo. Autor de " *Vía Crucis* ", obra poética en sonetos y de " *Historia de un albarello* ", novela corta, publicadas ambas en 1966. Colabora en el semanario talaverano " El mundo comarcal " y en las páginas de Toledo del diario "ABC". En 1994 obtuvo el primer premio de Poesía de la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes, por su poema " A mi Cristo Farmacéutico ". En 1996, obtuvo el primer Premio del concurso literario " Leopoldo Lasala " con su trabajo en prosa " Amor en Silos ".

CIENCIA Y BELLEZA

Las hojas se tiñen de antocianos,
completando las flavonas sus colores
y cambian las funciones nutritivas
pasando a realizar reproducciones;
es decir, que pasan a ser flores...
¿Lo entenderán las húmedas hortensias ?
¿ Serán capaces las rosas de explicarlo ?
Todos los años, desde marzo a mayo,
repiten el proceso antes descrito.
¿ Se lo contarán esta vez al gorrión,
a la mariposa de vuelo monocorde,
o al " hombre-jardinero " que las riega ?
Pienso yo, desde mi orilla,
que seguirán ignorando científicos
y sólo explicarán lo que son ellas.
Nosotros, hombres, con la inteligencia,
exponemos, completos, los procesos
y apreciamos, asombrados, la belleza,
punto final de todas las permutas.
¿ Somos, también, capaces de vivirla
o la contemplamos sin posible sementera,
muerta, en jarrones, a otras primaveras ?
¿ Vestiremos otro abril de indiferencia ?
Podíamos mostrar, como las flores,
el resultado de bellezas nuevas
y ofrecer lo mejor de nuestro aspecto
(" pétalos-sonrisa ", " corola-simpatía ",
" sépalo-amable ", " nectario-generoso ")
a todas las personas que aun se piensan
que tenemos el alma clavada en el invierno
que mojada en otoños quedó nuestra alegría.

" Sin ti, yo hubiera sido silencio "

No, no retiro
tus flores de mi mesa.
Escribiré como vivo:
dentro de tu alrededor.
En el centro de la mesa está el florero
y su amplia boca se desborda en rosas
y en ramitas volubles de hojas verdes,
- arcos del florero hasta mi alma -.
Las rosas desprenden
sus aromas de te quiero,
pues en ello pensabas al cortarlas
y al clavarlas de nuevo
en el cristalino esqueje del florero.
¿ Cómo retirar su rojo aroma
y sus arcos de ramas y deseo ?
¿ Habría escrito algo
si en el centro de la mesa de mi vida
no hubiera estado, permanente, tu florero ?
Tu florero de risas y sonrisas,
de besos y de abrazos,
de noches y mañanas;
tu florero de lágrimas y genios,
tu florero de amor abierto arriba
para ofrecerme las rosas hechas besos
y esta rama delicada y verde
que se extiende entre mis ojos y mi pluma
y que busca, lanceolada, mi palabra
para regarse en el agua de un te quiero,
el mismo que pronuncia hasta llegarme
desde el agua sin voz de tu florero.
¿ Ves ? ¿ Quién se deja todo esto en el silencio ?
No, ni un milímetro he movido
tu amor desde su epicentro.



EUGENIO YÉBENES GAROZ

Nació en Lillo(Toledo) el 6 de Septiembre de 1883. Fue Jefe de Telegrafos de Torrijos y propietario y director, junto con su hermano Alfonso, del Colegio-internado de San Gil. Colaborador del diario " El Castellano " y " El Castellano-Gráfico ", y de la revista cultural " El último grito ", editada en Torrijos. Publicó dos libros de poesía: " Ecos del alma "(Toledo, 1913) y " Mis canciones " (Toledo, 1915), editados por la imprenta " Viuda e hijos de J. Pelaez ". Murió asesinado, en unión de su hermano Alfonso, por el Frente Popular, el 14 de Agosto de 1936.

El catecismo

I

Señor Cura: Ayer mi contaron
una cosa que no quíó creerla;
mu jonda, mu grave,
mu seria, mu seria,
que me jizu temblar como un neni
y llenar de coraji mis venas;
algo asín, como planis del diablo,
algo asín, como intentos de fiera.
¡ Mentira paece
que haiga hombris tan malos que quieran
arrancar de los pechos cristianos
las sanas creencias!...
Yo no puedo creer, señor Cura,
que se pueda quitar de la Escuela
la Cruz bendecia;...
la Cruz que nos muestra
on di Dios padeció sus tormentos
por culpas ajenas;
esa Cruz que adoraron mis padres
y a sufrir me enseñaron en ella;
esa Cruz que nos da los consuelos;
esa Cruz que nos quita las penas,
que a los ricos los jaci ser güenos
y a los probes nos da la pacencia.
¡ No lo quiero pensar, señor Cura,
de pensalo las carnis me tiemblan !
¡ Yo no puedo creer que a los niños
tan mal se lis quiera!...

II

Dos javichuelinos
mando yo a la Escuela;
dos alhajas que a mi me paeen
angelinus de aquí de la tierra.
El Señor me los dio pa educarlos
en la ley que mis padres me dieran:
en la ley de los hombris sufrios
de limpia concencia;
en la ley que nus dice que Cristu
es el amo de vidas y haciendas,
que con Él, to es amor y dulzura,
que sin Él, to es dolor y tristeza.
Así me enseñaron,
y así quíó que aprendan
mis retoños queríos del alma
que mando a la Escuela.



III

La gente que sabe,
 los hombris que enseñan,
 no se cansan de hicer que hay un libro
 ondi cada letra
 vale más que el tesoro más grandi
 que tieni la tierra;
 chiquinin, pero guarda en sus hojas
 la mijor y mayor de las Cencias:
 el saber salvarse
 pa cuand' uno muera;
 un librinu que vierti alegrías
 por ondi se lea;
 un librinu que jaci a los hombris
 amarse de veras;
 medecina de toos los pesares,
 esperanza de toas las tristezas,
 ondi Dios, por amor que nos tieni,
 nos marcó la senda
 pa subir a los cielos benditus
 y podemos sentar a su vera.
 ¡ Eso es lo que qierin
 que el niño no aprenda !
 ¡ Eso dicen que quierin los malos
 quitar de la Escuela!...
 ¡ Mire usted si es grave,
 ya ve usted si es seria
 la noticia que ayer mi contaron
 y que yo no he pasao ni a creerla!

IV

¿ De qué ha de servirles
 que vayan y vengan,
 si les han de enseñar solamenti
 a jacer gurripatos y cuentas,
 a decir los lunaris del cielo
 y los maris que tieni la tierra?...
 ¡ Lo primero es saber Catecismo !
 pues sin él, lo demás que se aprenda,
 a mi modo de ver, son fanfarrias
 que levantan dolor de cabeza.
 Dotrina, Dotrina
 que luego aprovecha
 pa vivir comu Cristu nos manda,
 con amor, esperanza y pacencia.
 Eso es lo que quiero
 que mis nenis sepan.
 A eso quió que vayan,
 a eso quió que aprendan,
 a jacersi güenos
 pa que Dios les quiera.
 Y si acaso los malos consiguen
 lo que dicen que quierin y piensan,
 señor Cura, mis hijos no güelven
 a pisar ya jamás en la Escuela,
 pues, ¿ pá que quió que vayan
 [entonces?...
 ¿ pá qué quió que aprendan
 a decir las lunarias del cielo
 y a jacer gurripatos y cuentas ?;
 ¡si la Cruz no les tiendi sus brazos!...
 ¡si les jacin odiar a la Iglesia!...
 ¡si les falta el apoyo de Cristu!...
 ¡si les roban la santa inocencia!...



ANTONIO MARTÍN-ANDINO RODRÍGUEZ

Nace en La Puebla de Montalbán el 31 de Julio de 1936. Cursa estudios en la escuela de Formación Profesional de Ingenieros Aeronáuticos de Cuatro Vientos (Madrid). En el campo del cine " amateur " ha sido galardonado en numerosas ocasiones. Es colaborador de periódicos y revistas comarcales.

Despierta en él la afición a la poesía su paisano y poeta Anastasio Oliva. Inicia su trayectoria poética publicando su primer libro " RETAZOS " en 1996; en 1997 publica su segundo libro " SENDA DEL TORO "

Primavera

De colores se alfombra la mañana.
Es el río un sendero plata y brillos,
andariego entre verdes y amarillos
de perfume a romero y mejorana.

Una brisa con aires de sultana
acaricia a la calma, zalamera,
y arrullando canciones, lisonjera,
romancea a la paz que desde el cielo,
acaricia a la tierra con un velo
irisando a la alegre primavera.

Otoño

De dorados la tarde se satura.
Pinta el cielo un rojizo carmesí
con ternura y requiebros de rubí,
al rumor de una brisa claroscuro.

Con su embrujo, regalo de la Altura,
a mi alma sazonada y otoñada,
la fascina y la deja solazada,
anegando en nostalgias y añoranzas
a mi vida viajera en esperanzas
y en sosiegos de otoño cautivada.

Verano

Reposada, calmosa y anodina,
se sumerge en la holganza la galbana.
Al recreo y ardor de la solana
se desmaya en bochornos la calina.

Perezosa, adormilada y cansina
es la mies una alfombra en el seco;
es un mar madurado grano a grano,
de reseca espigas saturado,
que en difuso cobrizo alimonado
se arrebola en rigores del verano.

Invierno

Qué desnudo el ramaje del nogal.
Qué reseca se ve la cambronería.
Qué agrisado está el tronco de la higuera.
Qué aterido espejea el manantial...

En pasiva fijeza de mural,
es el campo, en agobio sempiterno,
un tapiz de acuarela del eterno
y trabado paisaje casi yerto.
De matices parduscos recubierto,
se aletarga en escarchas del invierno.



FRANCISCO DE LA TORRE Y DÍAZ-PALACIOS

Nacido y residente en Madrid, pero oriundo de Cuerva(Toledo). Abogado. Autor de una docena de libros jurídicos y uno de historia. Conferenciante. Articulista, ha colaborado con regularidad en los últimos tres años en *Diario 16*, y colabora, ocasionalmente, en publicaciones varias (" *Espiral de las Artes* ", " *Luces y sombras* ", " *Diario de Alcalá* ", " *Ecos* ", " *Beresit* ", " *Boletín de la Asociación Cultural Montes de Toledo* "...) Como autor dramático, entre otras actividades, estrenó en 1957 " *Una vida sin título* " en Maracaibo (Venezuela). Obra poética: " *Poemas, francisquerías y ...*" (Edición de autor, Madrid,1989), " *Mosaico* " (Edición de autor, Madrid, 1990), " *Soledades y ensueños* " (Madrid, 1992) y " *Encuentros* " (Madrid, 1997)

LA PETICIÓN

Me has pedido un poema
y, compuesto,
te doy su página.
La rima, si la tiene,
el ritmo,
el carisma,
el alma de los versos,
la honda intención de las palabras...
permanecen en mi cárcel.

Hace tiempo escribí, ¿ recuerdas ?,
una historia romántica.

En ella, estábamos ambos
al acecho de alguna madrugada...
¿ Rememoras aún
con qué unción contemplábamos
el prodigio del alba ?
¿ Cómo yo inundaba tus labios
con la savia de mi magia ?
¿ De qué modo llevé a tus oídos
las notas fantásticas de mis sueños ?
¿ Cómo deposité a tus pies
un ramo escogido de esperanzas ?
Y cuando exigiste amor
también te lo entregué
hasta sentirme huérfano.

No mucho después,
lo perdiste todo,
pero lo triste fue
que no investigaras la causa.
Ahora, al pedirme otra vez
un poema,
te entrego sólo la página...
¡ Lo que hay en él es mío !

MADRIGAL

Noche de terso azul.
Ensueño sensual, intenso, elocuente.
Alborada clara y resplandeciente.
Toda tú eres cielo,
y son olas las cumbres de tus senos
cautivos en mi pleno
laberinto de amores y desvelos.
La virtud de tus ojos
y el aire de tu gesto
vierten néctar en mis labios sedientos.



MANUELA LOURDES HERREJÓN NICOLÁS

Nació en Valladolid y reside en Toledo. Profesora de Piano y Secretaria en el Conservatorio Profesional de Música " Jacinto Guerrero " de Toledo. Ha publicado once libros y escrito innumerables artículos en los periódicos y revistas locales y nacionales. Ha participado en concursos literarios, habiendo obtenido el Primer Premio sobre la lectura del Quijote, otorgado por el centro cultural Cardenal Cisneros de Toledo y Cervantino de Esquivias, en el año 1982. Autora del HIMNO A LA PAZ y socio natural de la Sociedad General de Autores de España.

En Agudulee(Almería)

En la playa mis versos haciendo
entre el sol y la brisa del mar
a mis hijas les leo y recibo
constestación fatal.
" Esos versos a nadie interesan;
tú consigue el estilo cambiar
pues poemas de amor necesita
la gente escuchar. "
(En la edad del amor estas niñas
no consiguen el fondo captar
del amor, que está en todas las cosas
si se sabe buscar...)

Elegía

■La muerto José Rivera,
ha muerto la bondad misma,
era piadoso y sencillo
y sólo Dios fue su vida.

Después de ser sacerdote
estudió Teología,
confesaba a mucha gente.
Ejercicios impartía.

" Aún no estoy purificado "
en el infarto decía.
Mil sacerdotes le cercan
sufriendo con su agonía.

En la playa

Sudando en la playa
y sobre la arena
la hermosa descansa
por verse morena
y un pobre obrerillo
peón de raena
subido a un andamio
se abrasa a la fuerza.

Toda la gente pregunta
a su hermana Ana María.
¡ Ya no se puede hacer nada !
¡ Le queda poco de vida !

Cuando muere, mucha gente
se amontona a oír la Misa,
gitanos portan su féretro...
¡ todo el mundo le quería !

Los curas y los seglares
cantan juntos a porfía.
¡ Ya está don José Rivera
gozando una nueva VIDA!

¡ Qué feliz muerte es la muerte
cuando no importa la vida !.





I. Gavia 97

**Venimos de la noche
y hacia la noche vamos.**

(Vicente Gerbasi, "Mi padre el inmigrante")

LA LÍNEA AZUL

Por Joaquín Copeiro

No me gusta la línea del fondo, recta como el trazo de un tiralíneas de los de la escuela de Franco, ése que dejé ahí abajo por "mala gente" y que vivía aquí cerca, como quien dice, al otro lado de la línea. No me gusta, que no. Así es que voy a hundir mi cabeza un poco, hasta que la línea cruce la mitad de las niñas de mis ojos, que no me molesta nada el agua en las pupilas, y entonces voy a mover mis brazos, las manos juntas, palma contra palma, como un espolón que corte el agua en dos y rompa la línea por el medio, y luego voy a empujar con fuerza hacia abajo y hacia atrás, como si quisiera desplazar esta masa de agua salada o apoyarme en ella para catapultarme luego en un ángulo de cuarenta y cinco grados, que es el del máximo alcance de las balas, que ya lo decía Franco, por boca de sus oficiales, en las clases de *Teórica* de la *mili*, a los mozos que quería hacer mayores de edad, con derecho a llevar bigote y a fumar y a emborracharse delante de sus padres, y a disparar contra los rojos o los moros o los gitanos.

Ya, ya sé que, cuando hago unas brazas, los peces huyen hacia el fondo y el vapor se eleva en mayor cantidad, más denso, vistiendo de sepia el cielo, ya lo sé; pero también es verdad que el agua se ondula como un adagio. Entonces, y sin embargo, en lo que fue finca de Franco, hay cretinos que hablan de marejada, o fuerte marejada, que diría ahora uno que se afeitó el bigote porque confundió sus deseos con los míos, y tal vez ahora ese pobre plumífero de chichinabo maldiga la hora en que lo galardonaron por su novela con un crucero de placer para dos personas, según unos por el Mediterráneo, según otros por el Caribe, según él por las tripas de Dios, que regüelda cuando quiere y sin medida, y sin ponerse una jodida mano, dice él, en la barriga para amortiguar los efectos sísmicos de su estentóreo afán redentorista, qué te parece con lo que se descuelga el plumiferillo, cuando tampoco mis regüeldos es que sean cosa del otro mundo, siendo quien soy, porque, para graves, los regüeldos de Franco,



que de uno solo se llevaba por delante a cinco un amanecer o enchironaba a cinco mil de madrugada. O sea, que se calme el plumífero, y no me da la gana de llamarlo de otra manera, y que me deje nadar tranquilo a mí, y que coma manzanas, muchas manzanas, manzanas hasta llegar a las mismísimas manzanas de la madre Eva, las manzanas más rojas, los mejores antieméticos de la historia del mareo, que, por cierto, y por mí, viene de *mar, mar-eo*: me gustó hacerle semejante regalo a Franco, toma, *Caudillo*, ahí tienes esa palabra en tu finca rodeada de mar por todas partes menos por una que se llama istmo y por la que se te colará el sarampión de los franceses, o el de los griegos, el *contubernio*, dirás tú, y en donde tantos mareos habrán de sufrir contigo los afincados en ella.

Ahora, no obstante, me gusta tumbarme de lado, la boca abierta como si me sorprendiera de ver una hermosa sirena junto a mí y fuera a tragármela de un bocado, y moviendo el brazo derecho como un remo poderoso y formidable bajo el agua, y luego el izquierdo igual, al tiempo que mis piernas y mis pies baten el agua y la sal con fuerza, arriba y abajo, arriba y abajo, provocando, ya lo sé, no voy a engañar a nadie, una borrasca de mil demonios, que acaba con los cruceros y con los transatlánticos y con los pescadores que han osado hacerse a la mar, que naufragan y no vuelven, pero que, bueno, me los traigo conmigo en su gran mayoría, cosa que no hacía Franco, para que sean felices aquí, conmigo, que los hago gozar hasta lo inimaginable con sólo mi presencia, aunque tengan una mujer en cada puerto y sean un poco puterillos, porque soy en verdad mucho más tolerante con el amor de lo que decían sus curas, que no los míos, los que le sostenían el palio y amenazaban a los chicos que deseaban a las chicas -a ellas no las amenazaban porque, por mujeres, ya las daban por condenadas de antemano- con un infierno tan eterno, que, si os imagináis, decían, el tiempo que tardaría un niño en limar pacientemente una bola de hierro tan grande como la Tierra hasta convertirla en polvo, no sería nada comparado con la duración del infernal castigo, y todo por un solo mal pensamiento, que tan sólo un pensamiento, tras toda una vida de virtud, afirmaban, os puede condenar eternamente. Pues sí, ¡qué le voy a hacer!, me gusta el crol -¡también a Juan Pablo!, ¿no?: ¡como que yo se lo aconsejé!-, de vez en cuando me gusta, como

ahora, la aparatosa armonía del crol, la velocidad que propicia en la boga - nave, el cuerpo; remos, los brazos y las piernas-: uno, y el rostro emborrachándose de agua y aire; dos, y otra vez lo mismo; uno, y de nuevo; dos, y...

Es un alivio abandonarse cara al cielo con los brazos en cruz y las piernas abiertas. El azul brilla como un espejo y el sol reluce espléndido: me veo reflejado allá arriba y me encuentro hermoso, bello, insuperable, como es natural; en realidad, eso soy yo, nada más y nada menos, ese cielo límpido y sin mácula, que es una de las cosas que mejor me salieron. Voy a estar así un buen rato, para que, en donde Franco, duerman en paz, para que todo les vaya bien, para que gasten mucho, se vayan de vacaciones y se olviden de él, del Valle de los Caídos, de la losa que lo cubre, del día en que se murió y del día en que se levantó en armas. Así, así: azul y un blanco de gaviotas, o de estela de reactores que escalan y escalan para tocarme las barbas, para adentrarse en el triángulo de mi vista, ilusos, hoy precisamente que estoy aquí abajo y mi panza refulge como un delfín, que observo una nubecilla -¿gris?: ¡gris!- despistada, que se habrá escapado de ni se sabe dónde, pero que la voy a deshacer de un soplo porque no quiero que me manche el cielo, que lo quiero imaculado, que ya lo he dicho antes; ¡ si fuera blanca...! ¡ Qué descanso! El agua me acaricia los perfiles, como si se dispusiera a cortarme limpia y longitudinalmente en dos, padre e hijo, pero besándome amorosa y tierna, refrescante y cálida también, como el espíritu de la paloma de ese pintor malagueño que tanto odiaba el *Generalísimo* por rojo y porque le resultaba incomprensible. No peso nada, nada, cada vez menos, el agua me sostiene, Arquímedes era mucho más sabio que Franco, pero que mucho más, y el Caudillo en cambio creía confundirse conmigo, ahí es nada, como el que no quiere la cosa, nada menos que conmigo, que por mí la armó, arguyó en su día, por mí, sí, sí, por mí y por sus reales, y por la Patria y el Rey - ¡ y por sus reales, por sus reales!-.

Pero no lo puedo remediar, cuando llevo un rato haciendo el muerto me entran unas ganas locas, irreprimibles, como de niño, de patear con fuerza, con mucha fuerza, y de dar, al tiempo, hercúleas brazadas hacia atrás, agitándome mucho, que es un maremoto lo que desato con cada una de mis piernas y con cada uno de mis brazos, y sobre

cada maremoto surge un huracán, tornado, ciclón o vendaval, y se forma un estrépito tormentoso, un fragor de truenos y relámpagos, de rayos que rompen el cielo y las costas, y todo es un mar, o un océano de inundaciones, de naufragios, de edificios que se parten como cáscaras de huevo, de gentes que se estampan contra las rocas y se inflan de agua y de barro, de blasfemias y de oraciones, de gritos y de desgarros físicos y morales, que se inflan de Dios como en una guerra civil, como en la guerra de Franco con tantos miles de muertos, como en la posguerra de Franco con otros tantos miles de muertos, de ejecuciones firmadas a la hora del café, que no me temblará el pulso, decía, y que por eso, a pesar del Brazo Incorrupto, lo tengo donde lo tengo, y aún no ha empezado el niño a limar la bola, que aquí sólo yo dispongo de las vidas ajenas, y es verdad que tampoco tiemblo cuando quiero nadar a gusto y me place casarme en cuerpo y alma con las aguas que creé porque me dio la real y franca gana, pero para eso yo soy yo.

La línea del fondo vuelve a estar recta, pero ahora me gusta así, como a los poetas, una línea azul, azul, azul, como la de un tiralíneas cargado, no con tinta china y negra de la escuela de Franco, sino con tinta azul de la marca Pelikán. La línea azul es mi enseña más hermosa y me enorgullezco de ella.



(Sin título)

Por Susana Béjar Sánchez

La frase de despedida no había gustado. Un "nos veremos aquí o allá " mirando al cielo no es buen presagio; es un hogar para la duda. La puerta continuó abierta y, al fondo, al fondo ya no hay nada. Quizá el "allá " había llegado. Y eso tampoco gustaba. A mí no me gustaba. A ella tampoco, y miraba con miedo el teléfono. La llamada del allá no existe. Pero ella insiste y se acerca a él, al teléfono... Pero, en la calle, llueve. Y ya es de noche. ¿Habrán encendido ya las luces del parque?. No. Cuando llueve no se encienden. Nadie va a ver las luces del parque cuando llueve. Cuando llueve, la gente se queda en su casa mirando el teléfono, ¿verdad ?. Ella sonríe. No es que me haya escuchado. Suena el teléfono. Un " Sí, sí ... claro, claro... sí ... una lástima... en fin, estamos aquí para eso... ¿ un vestido negro? Sí, creo... ya veremos, ya veremos...hasta mañana. Ya no sonríe. " Nos veremos aquí o allá ". No. Ahora, " nos veremos allá " Ya no cabe duda. Su tiempo ha decidido una opción; el final. En una vida en la que se anhela llegar al final en casi todo, y no se consigue muchas veces, él lo ha hecho. Bueno, ahora ya no importa. Un entierro más, un hombre menos. Habrá que fabricar otro.

- ¿Había usted hablado con él antes?
- Sí, una vez. Y, hoy, la segunda.
- Y, ¿de qué han hablado ?
- Ha sido un monólogo. Él no contestaba.
- Claro.
- Claro. Y es una lástima, porque tenía preguntas interesantes que hacerle
- Y no contestaba.
- No, claro. Y es una lástima.



Cómo había cambiado. El tiempo no perdona. Tan pálido, tan pequeño. Y todo el mundo llorando. Llorando a alguien a quien nunca habían visto. Como yo. Pero, ¡ yo sí le conocía !. Le había acompañado en el parque mientras mirábamos las luces buscando... ¿ qué buscábamos ? .

- Es importante fijarse en ellas. -
- ¿ Usted cree ?
- Sí . Son ejemplo de la eternidad.
- ¿ De la vida eterna ?
- Sí. Nacen, mueren y vuelven a nacer. ¿Usted cree que eso lo hacen las personas?
- No lo sé. Aún no me he muerto.
- Es verdad. Todavía se le ve color en la cara. Las personas mueren. Sólo mueren.

Ahora, él lo sabrá. Vámonos, el entierro ha terminado. Las lágrimas cesan y comienzan los " era muy bueno ", el " yo le conocía más; llegué a saludarle cuatro veces en un día " reivindicado por una mujer, unos " bueno, se encontrará con su esposa. ¿ Encontrarás ? . " Sólo mueren " sería la respuesta de don Luis.

Alguien ha llamado a la puerta. No me apetece levantarme. Habrá que abrir. Tendríamos que comprar una puerta con mando a distancia. Odio levantarme cuando estoy leyendo.

- ¿ Por qué tardó tanto ?
- Perdone, don Luis. Es que no me gusta que me molesten cuando leo y necesito tiempo para quejarme. Si voy deprisa, no me da tiempo.
- Déjese de quejas y sentémonos.
- No, ahí no. Ahí estaba yo.



- Está bien. Quitaré al perro y me sentaré en el suelo.
- Ese es el mejor sitio, desde luego.
- Las visitas deben sentarse en el suelo. Eso es lo que yo pienso. Y, siempre que voy a casa de alguien, me sientan en un cómodo sofá y me ofrecen cosas. ¡ Qué incordio !. Las visitas deben sentarse en el suelo, al lado del perro. Porque, para eso, la casa no es suya.
- Ciertamente. Y, ¿ A qué debo su visita ?
- No lo sé. Es que acabo de encontrarme con una mujer que ya la he saludado cuatro veces hoy. Y creo que ya son suficientes. No quiero verla otra vez, y al ver su casa, he venido.
- Buena razón. Y, ¿ no tiene nada que decir ?
- No. Ya le he dicho que no pensaba venir a visitarle.

Un largo silencio de cuatro horas. Miradas tranquilas. Caricias al perro. Es el mejor sitio. Por supuesto.

- Me marchó. Se ha hecho de noche. " Vida en penumbra ". Y, ¿ esto es lo que estaba leyendo ?
- Sí, pero no me pregunte sobre qué trata.
- ¿ No la entiende ?
- Yo sólo leo. No entiendo. Leer y entender al mismo tiempo es muy complicado.
- ¿ Usted tiene facturas ?
- Sí.
- ¿ Las entiende ?
- Más me vale hacerlo si no quiero sobresaltos.
- Pues, los libros, son facturas para su inteligencia. Si con las facturas disminuye su dinero, con éstas, aumenta su saber y puede tener sobresaltos si no lo aumenta. Una mente estancada no es útil. Una mente estancada es una muerte segura, una mente muerta.
- Usted siempre ha sido un filósofo, don Luis.
- Ya, ya. Me llevo el libro. " Vida en penumbra ". ¿ Su vida está en penumbra ?



- No, bueno, ahora sí. Es de noche.
- Venga usted conmigo. La luz está cerca.
- Aquí las luces no funcionan. Cuando llegan las nueve ya no se ve nada.

El parque está vacío. Hay luces que pretenden evitar lo tenebroso del lugar. No hay nadie. Pero las luces están encendidas. El parque es muy grande.

- Esto está muy oscuro. La oscuridad no me gusta. Me molesta.
- Porque usted no está acostumbrado. Si a las nueve ya no viera...
- En la oscuridad sólo cabe el miedo. No se ve lo que se acerca.
- Pero tampoco se ve lo malo que se deja atrás.
- Ni lo bueno.
- ¡ Los problemas quedan escondidos !
- Los problemas quedan escondidos esperando a que venga la luz para acometer más violentamente.
- ¿ Usted cree ?
- ¿ Ve este parque ?. Las luces que aquí, en el centro, se cruzan crean sombras extrañas. Somos nosotros. Esa de ahí, soy yo. ¿ Ve qué rara ?
- Sí, desde luego.
- Pues, esa de ahí, es la suya. Y de extraña tiene lo mismo. A la luz todos somos diferentes. Hay extraños, perfectos, imposibles de definir. En la sombra somos iguales, pero no sabemos si extraños o perfectos. Aquí, amigo, donde se unen luces y sombras, es el lugar donde todos somos extraños, pero definidos. Y usted no es usted. Usted es una fachada. Su persona está ahí, en suelo. Aunque parezca humillante. Su persona está en su sombra (que no en la sombra), en sus secretos más oscuros. ¿ Lo entiendes ?.
- Creo que sí. Mi filosofía es inferior a la suya.
- Importante es que lo entienda.
- Pero esta situación desaparece cuando llega el día.



- Cierto. Y ahí está el error de la vida. Estamos incluidos en una vida que no soporta la verdad y enciende la luz para que nuestras verdades desaparezcan, nuestras sombras desaparezcan. Y es ahí cuando usted y yo volvemos a ser sólo fachada.

- ¿ No cree, don Luis, que su visión de la vida es muy negativa ?

- Puede ser. Pero creo que la vida es esa, como se la he expuesto. No hay otra, y si la hay, no queda tiempo de aprenderla a vivir. Estamos acostumbrados, desgraciadamente, a ésta. Como usted a quedarse a oscuras a las nueve.

- Pero las luces a las que usted se refiere son artificiales y, por lo tanto, falsas.

Mirada extraña. Sonríe y levanta el brazo y abre la mano. Pretende un acercamiento mayor a su esperanza. Sonríe de nuevo. Acercamiento de persona comprensiva.

- Es importante fijarse en ellas.

- ¿ Usted cree ?

- Sí. Son ejemplo de la eternidad.

- ¿ De la vida eterna ?

- Sí. Nacen, mueren y vuelven a nacer. ¿ Usted cree que eso lo hacen las personas ?

- No lo sé. Aún no me he muerto.

- Es verdad. Todavía se le ve color en la cara. Las personas mueren. Sólo mueren.

Él mismo asiente. Está convencido. Es cierto lo que dice y no caben más suposiciones. Miramos al cielo.

- Cruel sentencia cuando están desapareciendo las luces.

- Cruel sentencia cuando vuelve la mentira.

El camino es corto. Igual de corto que cuando caminábamos hacia el parque. El silencio se rompe ante una tercera persona. Es conocida.

- Esa mujer que está ahí, ¿ es su esposa ?
- Sí. Debe estar preocupada; hoy, a las nueve, no estaba en casa.
- Buenos días, señora.
- Un filósofo como usted, don Luis, debería descansar más.
- Me queda poco para descansar, señora.
- No me hable así, que no le entiendo.
- No es culpa suya. Ahora, me marchó. La demasiada luz también me molesta. Bueno, guardemos una esperanza de vernos muchas veces; nos veremos aquí... o allá.

Estoy cansado. Un entierro siempre cansa. Pero la vida también agota. Vaya, estoy hablando como el pobre don Luis. Y ella se ha quedado fuera. Necesita (¿ necesita ?) hablar con las demás mujeres de " una desgracia tan grande ". Necesita hablar de ella con aquella mujer que tanto le conocía por saludarle cuatro veces en un día.

Llaman al timbre. Acabo de darme cuenta de que no sólo me molesta levantarme cuando estoy leyendo. Me molesta tener que levantarme a abrir. Simplemente. Sigo pensando en la puerta con mando a distancia.

- ¿ Es usted don Felipe ?
- El mismo que se extraña ante alguien que no conoce y sabe mi nombre.
- Disculpe. Soy el hijo de don Luis. Vengo a devolverle esto. Es suyo ¿ no ?
- Sí. Bueno, gracias.

No había vuelto a acordarme de " Vida en penumbra ". Ni sé si él lo habría terminado de leer. Ni sé siquiera si lo haré yo. Jamás pensé que don Luis tuviera un hijo. La verdad es que se parecía mucho a él.

" La verdadera vida, el verdadero ser, está en las sombras "

Supongo que don Luis escribió esto poco después de hablar conmigo. Ese chico se parecía mucho a él. " El verdadero ser está en las sombras ". ¿ Sería su sombra con quien acabo de hablar ? " Las personas mueren. Sólo mueren. " No lo creo, él no lo creería. ¿ O sí ?..." Guardemos una esperanza "

Vuelve a llover. Las luces estarán apagadas.



ASALTO AL TREN DE KANSAS

Por Benjamin Pulido Navas

En la juventud éramos íntegros y el terror y el dolor del mundo nos penetraron por completo. No había una clara separación entre la alegría y la pena: se fundían en una sola cosa, al igual que nuestras horas de lucidez se funden con el sueño y el dormir.

"Primavera Negra", de Henry Miller

Las mañanas de verano se cernían sobre el barrio como las mujeres ciernen en la hierba las sábanas recién lavadas, refulgiendo blancura de lejía y azulete. Yo tendría unos nueve años y pantalón corto. Tras apurar el Cola Cao y el par de magdalenas, me escurría hacia la calle mientras mi madre permanecía en la casa haciendo camas y vigilando la comida que se gestaba a fuego lento entre humos repletos de aromas apetitosos.

El colegio estaba olvidado hasta el lejano septiembre de hojas amarillentas. La cita diaria se fraguaba en la calle, donde la libertad se manifestaba en cada piedra, en cada rincón, en cada horizonte. La libertad era permanecer en la calle. La calle era un enorme útero donde nos desarrollábamos, sin damos cuenta, entre juegos y carreras. El líquido amniótico era el agua de la acequia que venía del Canal del Alberche, la placenta el sol salvaje, el cordón umbilical los gritos de nuestra madre, proferidos a todo pulmón a la una para comer, a las seis para merendar, a las nueve para cenar, a las doce para acostarnos. Excepto esas cuatro veces, el tiempo era nuestro y carecía de sentido en la calle, en el útero de libertad, pues las horas se extendían o menguaban dependiendo de lo divertida o aburrida que fuera la jornada.



Mi barrio está a las afueras, entre la civilización y la vía del tren. Más allá de los railes sólo había huertas, canales de riego, árboles y un camino que llevaba a los cerros de Santa Apolonia. Por aquel entonces no lo sabíamos, pero todas aquellas características que otorgaban marginalidad al barrio, eran las que nos permitían disfrutar la calle y el juego como debieran poder hacerlo todos los niños. Disponíamos de aire libre, de agua y ranas, de higueras y trenes, de sol, de maizales verdes y caminos, de escondites y explanadas para hacer la guerra, para jugar al fútbol, para errar solo y meditar, que eso también lo hacen los niños.

La chiquillería que daba vida a aquel barrio, poblado mayoritariamente de ancianos y obreros de la construcción, no era muy numerosa. Seríamos unos diez o así. Luisi, Manu, Jose, Pastor, Andrés, Paquito, Miguel, Gitano, Ñaña, Jaime... y yo, y alguno más del que no recuerdo el nombre porque su pertenencia al grupo sería esporádica. Éramos machistas; no queríamos niñas en la banda. De todas formas sólo había dos en el barrio e iban a las monjas; tal era el símbolo de distinción que les impedía acercarse a nosotros. Jaime no era el más mayor de todos, ni siquiera el más listo. Su padre era curandero, y esa circunstancia le rodeaba de un halo mágico que le protegía de cualquiera, haciendo de él una especie de intocable. Algún tipo de poder oscuro debía ejercer sobre nosotros, porque Jaime, sin duda alguna, era el que mandaba en aquel grupo sin poseer la fuerza bruta de Pastor o la picardía lúcida e imaginativa de Jose. Jaime sabía utilizar su dominio sobre nosotros con mano izquierda, inadvertidamente. Le seguíamos sin preguntar ni dudar salvo en contadas ocasiones, cuando el miedo decidía por nosotros. Quizá la lejanía de aquellos años me hace idealizar la figura de Jaime, rodearla de gloria y pedestales. En cualquier caso yo lo recuerdo como un ídolo al que se ama y se sigue, como un líder al que cualquier adulto cuerdo temería, porque alguien capaz de ofuscar la mente de los demás y cuyas palabras son tan exactas que no dejan espacio a la duda, genera más miedo que admiración.

Mas en la niñez las cosas son puras y carecen de matices, por ello Jaime aparece en mi memoria como un amigo estupendo que ejercía de jefe sin grandes aparatosidades, humildemente, siempre dispuesto a escuchar pero con alternativas y planes inmediatos, posibles, atractivos y, con diferencia,

mejores que los nuestros en la mayor parte de las ocasiones. Alguna vez Jose planteaba juegos o proyectos más interesantes aún que los de Jaime, pero éste siempre dejaba su impronta con algunas modificaciones que satisfacían al propio autor de la idea y a todos nosotros. Peter Pan no lo hubiera hecho mejor.

El verano se abría como un gigantesco libro de Julio Verne para servir de soporte a nuestras inquietantes aventuras infantiles. Hicimos de todo. En aquel tiempo de higos y días larguísimos de sol extenso, la mente volaba sobre cielos blancos y desde el aire nos permitía ser ingenieros, soldados, exploradores, arquitectos, poetas... Construimos sobre las majestuosas copas de las moreras, plantadas hace años por un arriero en un costado de la fábrica del tomate, una verdadera ciudad elevada a base de cabañas de madera, que se comunicaban entre sí mediante puentes colgantes de estaca y cuerda; allí íbamos a fumar celtas y bisontes de a peseta. Descubrimos el nacimiento del canal del Alberche y sus ramificaciones en una exploración de horizontes lejanos que nos costó azotes por llegar excesivamente tarde a casa. Luchamos mil veces contra la banda del Avaro, cuyos componentes nos superaban en edad, número y equipamiento bélico, pero no en valor. Al caer la noche robábamos tomates y peras de agua en la huerta del tío Chule, al cual odiábamos por que un día destrozó la mejor de las cabañas aéreas sin motivo alguno. Vimos como lo hacía y nuestra idea de la justicia reivindicaba venganza sobre sus cajas de fruta.

El baño era una fiesta cotidiana que se desarrollaba en las acequias de riego, amplias y en forma de artesa, recipientes dinámicos de un agua verdosa que traía ovas y náufragos escarabajos de la patata. Desnudos y cómplices, salpicábamos agua con nuestras sandalias de goma, hacíamos olas contra la corriente y presumíamos de machos introduciéndonos en el pocillo sin fondo del que manaba el agua que alimentaba la acequia. Las horas más calurosas de la tarde sublimaban su esencia sobre aquel ambiente de risas en el que se podía nadar siempre a favor de la corriente.

Hasta la hora de acostar solíamos jugar al fútbol bajo las recién puestas farolas. La complicación del regate entre sombras, contraluces y penumbra, aumentaba el placer de patear la pelota o la espinilla de un compañero. Sobre nuestras cabezas, mosquitos y polillas adoraban por miles

la fluorescencia novedosa de las enormes bombillas con que iluminaban las farolas que, como dioses que exigen sacrificios, se confabulaban con los murciélagos, verdugos ciegos agradecidos por tal cúmulo de insectos estúpidos. Los viejos apuraban las últimas horas del día como si fueran realmente sus últimas horas; conversaban en círculo sentados en sillas de anea percibiendo el fresco olor a tierra, mojada con agua del pozo de la señora Adela, la que ordeña las vacas y huele siempre a calostros. Hablan del pasado entre murmullos y asienten con risas pequeñas; para ellos su memoria es un cúmulo de anécdotas imprecisas. Los hombres chupan el cigarro pausadamente, y vistos desde lejos conforman un juego de móviles luciérnagas rojas que vuelan dibujando estelas; todas varían de intensidad y brillo entre calada y calada. Algunas mujeres se abanicaban con gracia pretérita, otras pican pan duro para hacer migas, las menos comen pipas y casi todas dormitan. El círculo ocioso va a disolverse. Buenas noches. Si Dios quiere. Es muy tarde. Echado en la cama siento que algo de sudor me ensortija el cabello, siento zumbas la oscuridad a mi alrededor, siento un grandioso placer cuando el sueño me va ganando para su causa, lenta y dulcemente, ayudado por el canto hipnótico de grillos y ranas en celo. Los párpados languidecen y se entornan mientras observo a través de mi ventana la noche sin luna, plagada de estrellas que estornudan luz. Siguen ahí cuando cierro los ojos.

Nuestros juegos y aventuras daban de sí una semana, quizás dos. Luego morían olvidados o desplazados por otros más recientes. Después de un tiempo, si volvíamos a necesitarles, resucitaban obedeciendo nuestra voluntad. La imaginación era, en verdad, una dinamo en continuo movimiento que anulaba con luz las sombras de cualquier aburrimiento. Una tarde se establecieron en el barrio los quinquilleros del cine. Llegaron con un gran camión cargado de trastos, colores marchitos y óxido. Sobre el lateral del furgón aún podía leerse entre las manchas y el desgaste que produce la intemperie "Cinema Rafael". Amenizaron las noches de Agosto con unas diez películas que alternaban sin orden. Al cabo del mes, el barrio entero se sabía todos y cada uno de los fotogramas que componían las ristas de film que la esposa del quinquillero recogía en bobinas cada mañana, con un aparato increíble que funcionaba girando muy deprisa una manivela que no era más que el pedal de alguna bicicleta lisiada. Alguna vez la señora, sucia y amable,



permitió que lo usáramos, y peleábamos entre nosotros por ser el primero en girar la manivela y ver la cinta sin fin trasvasándose de una bobina a otra, despidiendo colores y reflejos de estrellas de Holliwood comprimidos en aquellos cuadritos que parecían repetirse uno tras otro.

El cine ambulante de los quinquilleros nos sirvió de estímulo y aun de inspiración para crear nuevas aventuras y recrear las vividas por los actores en la pantalla. Gracias a nosotros se precipitó la caída de Roma, cazamos en las acequias del Alberche a Moby Dick, mejoramos la técnica de Robin Hood para fabricar arcos y negociamos con el mariscal Rommel algunas posiciones de su división acorazada de Panzers. De todas estas hazañas, la que yo recuerdo más entrañablemente fue el asalto al tren de Kansas.

Toda la pandilla fuimos a ver una película del oeste que trataba de un grupo de forajidos que asalta el ferrocarril. La cara de Jaime se iluminó, y su media sonrisa era indicio suficiente para averiguar que algo tramaba. Al día siguiente, por la mañana, abandonamos totalmente la búsqueda de las minas del Rey Salomón para centrarnos en el plan definitivo; Jaime expuso que deberíamos asaltar el tren, nuestro tren, uno de tantos que, cada día, pasaban ante nuestras narices. Todos otorgamos callando, pero más de uno se removió en su sitio con múltiples dudas en la mente. Aquel plan era estupendo, superior, real, tan real que atemorizaba si lo comparábamos con nuestras luchas medievales a espada de madera sobre caballo de cartón, tan cargadas de imaginación como de falsedad, porque no dejaban de ser un juego como otro cualquiera. El nuevo proyecto era de verdad. Según Jaime pararíamos el correo de las cuatro de la tarde que iba hacia Badajoz y lo asaltaríamos, repartiéndonos el botín; decía que el convoy marcha muy despacio hasta bien alejado de nuestro barrio, y esa sería la horma de su zapato porque tal momento sería aprovechado para subir nosotros y robar a los pasajeros sorprendidos.

Manu fue el único que reaccionó sensatamente. Pero, ¿de qué estábamos hablando?, ¿cómo íbamos a atacar un tren de verdad?. Nos llevarían a la cárcel. Además, no teníamos armas y... éramos unos niños, eso era lo que quería decir, que estábamos mezclando e incluso confundiendo las acciones reales, típicas de los adultos, con las aventuras imaginarias, de mentirijillas, que protagonizan los niños. Todos reaccionamos alteradamente

acusando al pobre Manu de cagao, *gallina*, mientras Jaime lo miraba serio y en silencio. Decidimos que el plan se llevaría a cabo el sábado siguiente y nos fuimos a cazar ranas, no sin que cada uno de nosotros, secretamente, albergara múltiples reservas y algo de temor en su fuero interno por culpa del dichoso plan y las objeciones expuestas cuerdamente por Manu, el cual tendría que acudir obligatoriamente a la cita del asalto al tren, aunque sólo fuera para limpiar las cuestiones y dudas que habían surgido a cerca de su coraje.

En unas ferias mi madre me había comprado un sombrero de vaquero y la canana, con sendos revólveres colt de plástico plateado. Yo sustituí estos, que ni pesaban ni asustaban, por un revólver corto del 38, metálico y de fulminantes; no se ajustaba cronológicamente a la época de la conquista del "Far West" pero hacia mucho ruido, doce estallidos con penetrante olor a pólvora. Sé que todos mis amigos se hacían con la artillería aprisa pues el sábado estaba al caer. Jose llevaría su Winchester de dardos con ventosa, Manu su M-16 de plástico, con ráfaga y chispas, Gitano la pistola desintegradora de lejanas galaxias, Jaime una Luger automática de fulminante... y alguno traería espadas de madera porque no había nada más bélico en su pobre cajón de los juguetes.

El sábado nació entre torbellinos solares y una contracción general en los estómagos nerviosos de todos nosotros. La mañana transcurrió entre juegos silenciosos de cromos y peonzas. Nuestra mudez se traducía en gritos ciegos, en desasosiego que ninguno quería confesar. El silencio se fue cuando Jaime nos citó a las tres y media en la piedra de molino que había cerca del paso a nivel. Todos habríamos de llevar un pañuelo para ocultar nuestros rostros. Quedábamos convocados a una reunión imposible de eludir si nuestro prestigio frente a los demás aspiraba a quedar intacto. Comí poco. Supongo que todos comimos poco, pues todos, de puro nerviosismo, creíamos que la jornada iba a terminar en vómito. Armados y pertrechados, uno a uno, fuimos llegando a la piedra, filosofal aquella tarde. Jaime estableció el plan. Nos emboscaríamos a cada lado del terraplén. Como aquel trecho era la vía de salida de la estación y los trenes aún iban muy despacio, uno de nosotros se colocaría de pie entre los railes para obligar la detención del tren. Una vez parado, ambos grupos subirían por la puerta del vagón más próximo y el



atraco en toda regla daría comienzo

Yo me ofrecí voluntario para detener al tren. No fue valor ni arrojo lo que me llevó a hacerlo, aunque sé que todos me admiraron por mi voluntarísima muestra de coraje. En realidad lo que pretendía era entrar el último en el compartimento; la idea del robo no me motivaba demasiado.

Todo dispuesto. A lo lejos, un reflejo de sol traidor a la RENFE nos avisó con un guiño que el Correo de Badajoz, el Ferrocarril de Kansas, se acercaba resoplando el esfuerzo de sus primeros metros. Mis compañeros se agazaparon entre los cantos del terraplén y yo, mirando al frente, sitúe mi hombría entre los railes aguardando, con las piernas muy abiertas y la mano izquierda posada en la cacha del revólver, un futuro próximo que podía acabar en tragedia si aquel acerado monstruo humeante no detenía su marcha en el momento preciso. La locomotora liberó su pitido ensordecedor, intermitente en principio, continuo y estridente a continuación. Yo empuñé mi revólver y apunté al morro del monstruo loco, como si aquella arma, inofensiva, de juguete, fuera un escudo capaz de detener la gran mole que se abalanzaba hacia mí, forzando un ruido aterrador emitido por la desesperación de unos frenos insuficientes. Mis camaradas en el robo se ciñeron a la boca y la nariz sus pañuelos de forajido. Cerré los ojos y seguí amenazando al tren con mi revólver corto. El convoy se detuvo a escasos metros de su boca estéril. El resto de la banda, saliendo en tropel de sus parapetos, saltó hacia las puertas del vagón abriéndolas violentamente. Pasajeros de múltiples edades y sexos recogían del suelo los equipajes caídos y miraban aterrados por las ventanas, demandando en voz alta respuestas. Fui el último en subir. Recuerdo que el maquinista abrió la puerta de la locomotora y me grió algo, pero yo ya había entrado al interior del tren y no escuché lo que decía.

Dentro del compartimento, Jaime, encabezando a todo el grupo, amenazaba con la Luger al público que, en silencio, nos miraba sorprendido y asustado, con la histeria desbordada aún por el repentino frenazo y los acontecimientos posteriores. "Quietos todos, esto es un atraco". Sacó una bolsa de Simago del bolsillo del pantalón y la mostró. "Depositen en esta bolsa todo lo que lleven de valor, carteras, joyas, relojes, ¡todo!. Venga, dense prisa". Algunas pasajeras hicieron el amago de echarse mano al bolso. Un señor mayor de bigote blanco se levantó con gesto airado, como para pedir explicaciones.

Jaime le disparó con su automática. El estruendo sonó rebotando en cada esquina del vagón y el hombre se dejó caer de forma súbita en su butaca. Pensé "lo ha matado". La mano me tembló con revólver y todo y estuve a punto de mearme en los pantalones. "Venga. Suelten todo lo que lleven", gritó Jaime avanzando como un poseso entre las filas de asientos. El resto de la banda nos quedamos sin saber que hacer en un extremo del compartimento, más nerviosos que otra cosa y apuntando al suelo o al techo, como si las armas fueran de nuestro cuerpo apéndices inservibles y pesados. Todo estaba pasando muy de prisa, demasiado rápido, tanto que parecía que llevábamos horas reteniendo a aquella pobre gente.

Por la otra puerta, que comunicaba nuestro vagón con el siguiente, apareció un señor de azul, con gorra y galones en las mangas de la guerrera. Debía ser un soldado del ejército confederado. "¡Qué está pasando aquí ! ", gritó. Jaime le apuntó al pecho y dijo " tu, renegado, tírate al suelo y pon tus zarpas en la cabeza". El señor de azul avanzaba hacia Jaime diciendo cosas como crío de mierda, mocosos y otras lindezas. No pude ver la cara de nuestro jefe, pero apuesto a que, ante tales insultos, la ira le arrancó los colores de las arterias. Empezó a disparar. Uno tras otro los fulminantes expandían todo el odio de Jaime traducido en pólvora y chispas de siete detonaciones, siete disparos que sonaron como siete desembarcos de Normandía, como siete cañones de Navarone, uno tras otro, precisos, descomunales, pero el soldado renegado no caía, era un ser a prueba de balas que venía de la realidad para devolvernos a ella, para sacarnos de aquella historia que, por instantes, todos, incluidos los pasajeros, llegamos a creernos. El soldado de azul arreó dos bofetadas a Jaime que cayó sollozando al suelo, sujetándose el pañuelo que le caía patético sobre el pecho. Nuestro ídolo tenía los pies de barro y se desmoronaba. Peter Pan estaba precipitándose contra el suelo porque no encontraba la ruta hacia la isla de Nunca Jamás. Todo nosotros salimos corriendo hacia el exterior. El soldado renegado zarandeaba a un Jaime llorón que intentaba zafarse, entre mocos y lágrimas, de aquellos poderosos brazos amenazantes.

Nuestra banda de forajidos, con el orgullo embreado y emplumado, aguardaba humillada al, por las circunstancias, derrocado líder, a una distancia prudencialmente segura, por si había que salir corriendo. En la misma

puerta del vagón, el soldado continuaba amenazando a un Jaime más calmado pero cabizbajo, consciente de que le habíamos visto llorar. Para despedirse del asustado crío, le propinó la última bofetada y lo arrojó al terraplén. Todos callados contemplamos por el rabillo del ojo como el tren continuaba su marcha hacia Badajoz, y no hacia Kansas City, porque esa era la realidad y no otra.

El sonido de aquella última bofetada nos marcó para siempre, nos advirtió que la infancia es efímera y que la vida, la amarga, la real, empezaba a llamarnos para una cita a la que, como la de aquella tarde, no podíamos faltar. Por supuesto que continuábamos siendo niños, pero la diferencia, atroz y cortante, con respecto a toda nuestra vida anterior, era que en ese momento fuimos conscientes repentinamente de que la niñez tocaría a su fin dentro de no demasiado tiempo. De todas formas, ya nadie podía reparar el daño que nos había producido averiguar que aquel soldado confederado, que había sobrevivido sin apenas esfuerzo a los siete disparos recibidos, no era otro que el jefe de tren.

Talavera. Febrero de 1997.

El Galiano de las siete y media

Por Miguel Angel Curiel

Uno de los primeros recuerdos que guardo de Toledo es la de un fulano con gorra de plato cobrándole cinco duros a mi padre por aparcar el seat en la explanada del Alcázar y la sombra perenne de un Ángel de bronce del tamaño de un elefante ofreciéndole una espada flamígera al cielo. Los de Talavera siempre que viajaban a Toledo se llevaban bocadillos de chorizo y tortilla envueltos en hojas de La Voz del Tajo y una bota de vino de Montearagón. Aquellas excursiones que organizaban los hermanos Ortíz a trescientas pesetas por cabeza y que partían cada domingo de Mayo a las ocho de la mañana de la Plaza de la Cruz Verde se llenaban de familias humildes, gañanes de la parroquia de San Andrés que olían a primera hora de la mañana a Barón Dandy, a picadura verata y no dejaban de cantar durante todo el trayecto "Si eres conductor de primera acelera, acelera ... " A principios de los setenta Toledo aún olía a metralla, a sangre pascual y a incienso y romero de Los Yébenes. El Alcázar era todavía la Meca de un falangismo de raña castellana, y todos los hombres de más de cincuenta años que pasaban por allí del brazo de sus nietos solían engañarles con los testículos subidos al gaznate diciéndoles "Yo estuve ahí dentro y me hirieron de bala dos días antes de que llegara el Caudillo". Mi abuelo, que era como uno de esos héroes de ficción, también me engañó frente a los muros de argamasa y granito herciniano de aquel bunker en el que se escondieron como ratas un centenar de guardias civiles, unas docenas de caciques de la Sagra, unos cuantos militares de fajín chusqueros y la primera promoción de



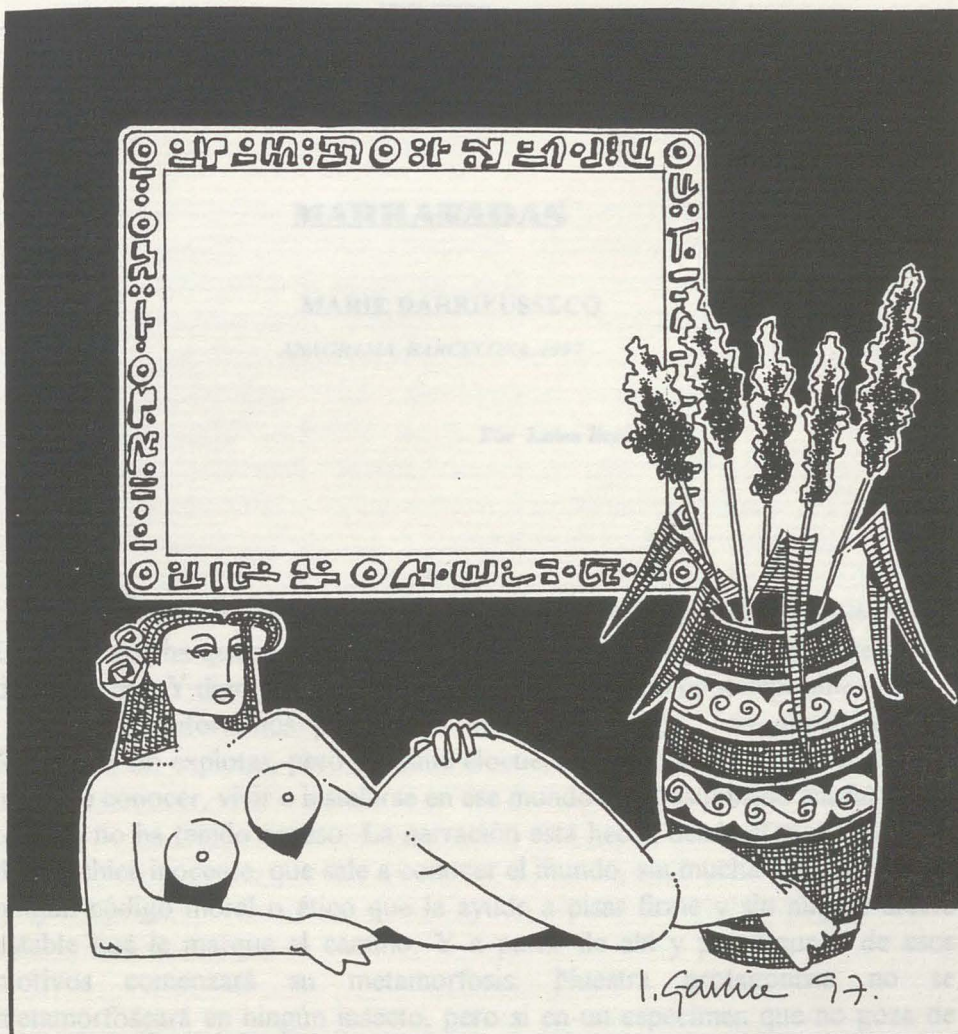
falangistas agrarios de la comarca. Años más tarde pude saber que mi abuelo había pasado la guerra regando tabaco en el valle del Tiétar, y que durante la trifulca sólo llegó a tener un altercado con un legionario que le quería robar las guindas de su cerezo. Los hermanos Ortiz llevaban en sus excursiones a Toledo a un tipo de Belvis que se llamaba Ambrosio. Este fulano que ejercía de guía y animador a cambio de un bocadillo y de refrescar el gáznate con vino de bota, había sido ciclista en los cincuenta en el mismo club en el que corrieron los hermanos Polo de Talavera. Este tipo tenía una voz cazallera y hablaba de Bahamontes como si lo conociera de toda la vida. En una ocasión en la que el vino le hizo soltarse la lengua comenzó a demarrar con historias de esas de héroes y villanos en la plaza de Zocodover, mientras despotricaba contra Bahamontes, nos describía con un efectismo de locutor de radio a lo Matías Prats una de sus imaginadas ascensiones al Alpe d'Huez, era entonces cuando se sacaba de la pechera sudorosa unas fotos en blanco y negro en las que aparecía posando junto a su bicicleta en lo alto del puerto del Pico con dos tubulares cruzados al pecho. Ambrosio solía decir entonces, con una vehemencia rayana al ridículo que aquel puerto era el Alpe d'Huez. Pero aquel pícaro jareño, además de conocer todos los entresijos del ciclismo tenía una asombrosa capacidad para inventarse in situ historias sobre Toledo, así se pasaba por el forro cualquier atisbo de científicidad historiográfica, y ante la catedral, rodeado por un grupo de cuarenta catetos llegados de Talavera con bolsas de Simago repletas de viandas, se inventaba cualquier cosa sobre la campana de la catedral. Aquellas gregarias excursiones de los hermanos Ortiz a Toledo terminaron con la llegada del utilitario, los ochocientos cincuenta, los ciento treintaitres, etc.. Una mañana de Mayo de finales de los setenta papá me llevó a Toledo y desde el mirador, con una piruleta en la boca pude contemplar extasiado, y con la misma sensación que produce un espejismo en la lejanía, un pequeño Nueva York al fondo de un campo yermo. Aquello era el polígono, y cada torre que allí se había alzado parecía tocar el cielo. La calima que segrega el Tajo a su paso por la Sagra los días de verano, produce en el ambiente y en el espacio un esfumato tan complejo como el de una obra de Leonardo. Aquello comenzó a ser una de las primeras contradicciones de Toledo. Desde sus miradores se podía contemplar lo grosero y lo delicioso, la fálica torre de la catedral y las fálicas torres de hormigón y ladrillo rojo del

polígono. Toledo es una ciudad chata levantada sobre una teta de granito, es decir, si la contemplamos desde la orilla izquierda del Tajo, Toledo parece una mano cubriendo un pecho de piedra. Redimirla espiritualmente supone imaginárnosla obviando las cuatro torres del Alcázar y la torre desequilibrante de la catedral. Toledo es de esas ciudades que mantiene en sus espaldas una serie de quistes arquitectónicos, con desequilibrios tan asombrosos como inexplicablemente armónicos con su medio estético urbanístico. El polígono nunca dejará de ser un espejismo en medio del yermo, que creció tan lejos de Zocodover como fue posible, y fue allí donde se instalaron durante los años del movimiento obrero de corte eurocomunista los sindicalistas de multicopista ciclostatil, utópicos de cadena de montaje, barbudos de coito interruptus y marxistas zocodoverianos junto a gañanes reciclados. Aquellos fueron los años en los que un carrito de alondras llevó en volandas hasta el palacio de Fuensalida a un fulano llamado Pepe Bono, una especie de socialista de barbecho con cara de cateto que en un cursillo intensivo de quince días aprendió a explicar con acento de gañan conquense la praxis política del profesor Tierno. Las dimensiones del Alcázar rompen el equilibrio y la dulzura de esa mano de piedra posada sobre la teta de granito, pero la gran contradicción es que Toledo sin el Alcázar no sería lo que es. Nunca se me olvidarán unas palabras de Ambrosio el ciclista durante una de aquellas visitas a Toledo, el tipo se había bebido una bota de vino a la sombra de un plátano en la Vega y con la boca llena de tortilla de patatas dijo sin inmutarse que Toledo era una ciudad que sólo podían comprender los ciegos, ya que palparla era una necesidad existencial. Toledo tiene dos cosas, o se aborrece o se ama, pero nunca deja indiferente. Florencia siempre se ama, Talavera siempre se odia, pero son amores y odios insustanciales, cuasi infantiles, sin embargo Toledo es esa ciudad ambigua y primitiva, esa ciudad medular en la que suelen vivir obispos con báculo fuera del tiempo y del espacio, y donde las gentes son tan flemáticas como la misma piedra labrada. Un dato: en Toledo la religiosidad se experimenta de una manera diferente, lo adorable, lo ritualizable, la fe misma en lo extraterrestre viene marcado por la impronta del tercer cajón de sastre del misterio trinitario, es decir, se interpondrá sin duda alguna al hijo y al padre la sacralización experimental del espíritu santo, el Corpus Cristi como forma de entender todo el entramado teológico



teocrático. Esto se debe a la misma naturaleza metafísica de esa Toledo espiritual en la que tres culturas se dieron de tortas hace mucho tiempo. En Toledo, el dios adorable, es la paloma del espíritu santo, el icono que simboliza la forma de mirar al cielo y la forma de pensar Dios y lo divino. Dios no tiene forma humana, ¿ es esto una reminiscencia árabe judaica aún no achatada por el cuerpo de Adonis de Jesucristo superestar? Podría ser. Lo cierto es que para un talaverano, que es como decir lo mismo que un burro de carga, la miel no está hecha para sus labios ... Recuerdo que palpé Toledo como si fuera un ciego, me subí al Galiano de las siete treinta una mañana de Mayo de finales de los ochenta con la intención de buscar patrocinadores para mi primer poemario, pero después de haberme recorrido todos los sótanos de todos los castillos kafkianos de la ciudad sin éxito alguno me fui a visitar el Alcázar con la intención de desentrañar uno de esos tantos mitos con los que Toledo sobrevive en la épica más rancia de esta península. Era ni más ni menos que aquella supuesta conversación que al teléfono mantuvieron el coronel Moscardó y su hijo antes de que éste muriera por España. Aquella conversación a falta de hilo telefónico, ya que los milicianos habían cortado toda comunicación del bunker con el exterior, fue ni más ni menos que obra del espíritu santo que suele vivir en forma de paloma en una cornisa de una vieja casa de piedra que hay muy cerca del puente de San Martín, después el hijo de Moscardó grabó su voz postmortem en los estudios de grabación de Edisa en Madrid durante los años cincuenta, ya que in situ, durante la refriega, fue materialmente imposible ... He aquí otra replicaseudomoderna de otro misterio trinitario: Moscardó e hijo más caudillo ... De Ambrosio el ciclista lo que más me sorprendió no fue su capacidad para engañarnos, si no más bien la suya propia para seducirnos con esa voz cacofónica que ponía todo en entredicho.





**Cleopatra había aprendido el amor
delante de mil espejos.**

(Antonio Fdez. Spencer "Vida romana")

MARRANADAS

MARIE DARRIEUSSECQ

ANAGRAMA, BARCELONA, 1997

Por Luisa Benito

▲ la manera de Kafka, es decir, mediante una metamorfosis, Marie Darrieussecq ha querido captar en esta novela una historia pobremente teñida de futurismo. Y digo pobremente porque es demasiado contemporánea.

La autora nos presenta a una joven guapa, con unos atributos femeninos sin explotar, pero bastante elocuentes, sin trabajo y con unas ganas locas de conocer, vivir e instalarse en ese mundo de consumismo sin fin al que todavía no ha tenido acceso. La narración está hecha desde el punto de vista de esa chica inocente, que sale a conocer el mundo, sin mucha experiencia, sin ningún código moral o ético que la ayude a pisar firme y sin ningún afecto estable que le marque el camino. Y a partir de ahí y por algunos de esos motivos comenzará su metamorfosis. Nuestra protagonista no se metamorfoseará en ningún insecto, pero sí en un espécimen que no goza de mucho prestigio en el mundo animal.

A diferencia del relato de Kafka no nos encontramos con la metamorfosis desde el principio, sino que a través y a causa de sus experiencias mundanas la protagonista se irá metamorfoseando poco a poco a lo largo de toda la novela. Aunque el procedimiento expresivo tenga sus raíces cercanas en el escritor checo, nuestra autora lo retoma para expresar algo diferente, algo que Kafka por la época en que vivió no alcanzó a ver, pero que está bien presente en nuestra sociedad contemporánea. En Marranadas nos encontramos con un personaje emancipado, libre; más bien desarraigado de todo. Este desarraigo no se da en el protagonista de Kafka,



pues tiene una familia, trabaja para ellos, le preocupa lo que sea de ellos, tiene su propio núcleo afectivo y vital. Sin embargo, en esta novela, la protagonista está sumergida en una sociedad pluralista donde no existe, de ninguna manera la idea de una racionalidad central de la historia. Es la sociedad de los medios de comunicación, la sociedad del consumismo enfermizo, donde estallan una multiplicidad racionalidades locales. Todo vale, todo es relativo, todo es discutible. Este pluralismo por supuesto que dará lugar también a una sociedad donde las reglas son heterogéneas. Esta mujer es una mujer cualquiera, que sale al mundo como si fuera una hoja en blanco. El olvido lo inunda todo; sólo el deseo de poseer cosas, de consumir la empuja y estimula. No importa qué tenga que hacer, cómo tenga que vivir con tal de conseguirlo. Todo eso que se deja atrás, lo que no importa (porque "todo vale") es lo que conducirá a nuestra joven protagonista al envilecimiento, al tedio y al vacío, y en definitiva a su condición última y definitiva de animal. La violencia, la desarticulación de la unidad de la conciencia, la no-identidad no pueden conducir sino a la desdicha, al dolor, a la infelicidad, al embrutecimiento y a la soledad. No hay un lugar en el mundo para esta joven; va de un lado a otro, se deja llevar por cualquier circunstancia que se le presente. Permanece siempre dentro del flujo de los acontecimientos, de las sensaciones, pero sin una memoria para recordar lo que no se puede repetir. Este sujeto está a merced de todo lo que pueda venir en esta sociedad heterogénea donde el camino es inexistente o demasiado escabroso. Un ser humano que viva así, irremediamente se convertirá en una presa fácil para la aceptación de los mitos del momento, que cambian a una velocidad vertiginosa que nos marea y nos aturde, y nos destruye.

Nuestra protagonista está, efectivamente, gravemente desmemoriada y acrítica. Dice Baudrillard que una cultura dominada por sujetos de este estilo es "una cultura anoréxica". Predomina el olvido de los otros, de sus propias raíces, de su identidad, de la historia... Son seres insolidarios porque no recuerdan, porque el olvido les ha insensibilizado ante el dolor de los otros e incluso ante el suyo propio. Es éste un sujeto fatigado, decrepito, desgano. No hay verdaderas relaciones humanas; esas relaciones humanas, las familiares o las relaciones de amistad se han roto, no hay ligazón posible, es como si el olvido se hubiera encargado de difuminarlos, de hacerlos

desaparecer, para llegar incluso a no tener ni la intuición de que un día sí existieron. Esta primera persona que al principio pensamos que nos va a narrar su autobiografía no hace más que tratar de escribir desde donde no se puede escribir. Muy coherentemente, Kafka no pone a escribir a su insecto, porque los insectos como todos sabemos, no pueden escribir. Aquí sin embargo, la reflexión vendrá, cuando ya es tarde, cuando es imposible la recuperación, cuando la terrible metamorfosis ha triunfado.

En Marranadas estamos ante una viajera sin brújula que deambula errante y sólo encontrará la paz cuando abandone esa sociedad y habite otro mundo más natural; pero aquí esa solución será aún más vejatoria. Aunque después del amoralismo, del nihilismo histórico, de la carencia de expectativas, naturalmente, deviene la destrucción del ser humano como tal: en el momento que no hay un más allá (Dios) y tampoco un más acá (la promesa de un futuro mejor en la tierra por ejemplo), sólo queda la NADA, y en esa NADA asistiremos a la destrucción del ser humano inteligente, crítico, con historia. Hay una regresión inevitable, que para quien la vive, como la protagonista de esta novela, la considera una opción mejor que la de continuar viviendo en ese mundo sin sentido, sin principio ni fin, sin historia, sin memoria, que corre a una velocidad estrepitosa hacia no se sabe dónde. En este sentido, en esta obra, encontramos una crítica demoledora hacia ese estilo de sociedad que parece cada día más y más entronizada en nuestras vidas.



LA TIERRA TRANSPARENTE

SANTIAGO SASTRE

COL. BCA. LÍRICA (TOLEDO, 1997)

Por Manuel Moya

■ No es un secreto que la última poesía española - me refiero a la llamada dominante - huya de la imagen en general y de la metáfora en particular. Es necesario admitir en su descargo que el uso incontrolado de la imagen -como ocurre con los pesticidas en los campos o la lejía en los tejidos- había llegado a colapsar y a veces matar el bicho de la poesía española. Esta huida se explica, según recogen algunos textos apologéticos, en la necesidad de centrar el discurso desde la claridad, la sensatez, la lucidez y la pasión, recogiendo la formulación de G. Ferrater. Esta receta perseguía nada menos que devolver la inteligencia al discurso poético, todo ello a través de ese espacio realista donde medra a sus anchas la razón, obviando aquellos otros aspectos de la inteligencia que no son iluminados por ella - esa señora que se acuesta con bata de tafetán y rulos en la cabeza, muy siglo XVIII ella - y por tanto ajenos a la construcción de la realidad. Esta fijación por todo lo racional ha sido siempre, y es a fecha de hoy, mi reparo fundamental a la poesía de corte figurativo, a la que hay que aplaudir, no obstante, sus evidentes logros en los ámbitos de la asepsia literaria, como queda dicho.

Todo este largo y tedioso preámbulo me sirve para presentar al vate toledano Santiago Sastre, nacido en 1968 y autor de dos libros de poesía: el sorprendente *Zoom*, y el que ahora nos ocupa, *La tierra transparente*. Es la suya una propuesta que se inmiscuye monográficamente en la cotidianidad, que trata de indagar en los resortes inmediatos de la vida sin perder de vista al hombre en su dimensión existencial y social. El lado revelador y novedoso de



de su escritura radica en la sorprendente utilización del lenguaje, donde el destello de las imágenes, el carácter fluorescente de su estilo (en el que pulula con luz propia la ironía y el sarcasmo), consigue que el lector se sienta continuamente sorprendido, agredido, desbordado por una riquísima y audaz imaginación, así como por los hallazgos que, lejos de entorpecer su escritura, la sedimentan. Una escritura, en fin, de una libertad desconcertante.

En el mismo prólogo que encabeza el libro su autor afirma: *este libro de poemas no es sólo un libro de poemas, sino también un río, una bicicleta, un álbum de fotos, una arteria, los guantes de un boxeador e incluso una hormiga*. La secuencia que nos propone Sastre, caótica en apariencia, no puede remitirnos mejor a las coordenadas de este libro ni a los materiales de su mirada. Estamos ante un mundo propio, una visión propia, donde la imaginación y la sorpresa rivalizan por un espacio que se percibe como de una rara originalidad, presidido por un discurso chispeante, de fuerte entonación surrealista, pero que discurre por los caminos de la cotidianidad. Pareciera entonces que la imaginación y la razón se dieran la mano en este ejercicio de pura inteligencia. Lo suyo es aprehender desde la inteligencia y desde la emoción. Si el estilo es, como alguien dijo, un cúmulo de errores, el joven Sastre, con tan sólo dos libros publicados, ha conseguido hacer que esos errores parezcan un camino abierto a la fatalidad del estilo.

Mi enhorabuena, pues, por este libro que no se aparta ni un ápice de los logros de *Zoom* y que me recuerda vagamente la escritura del también joven poeta jiennense Guillermo Fernández Rojano, un poeta raro y sorprendente sobre el que, desde ya, reclamo la atención. En efecto, ambos consiguen expresar nuevas vías de agua en la definitivamente conformista nueva poesía española. Propongo, para terminar, la lectura de estos versos escogidos al azar:

" Da igual que el mar acerque a la ventana / sus ballenas / y el aire sepa a música de Purcell. / No quedan fuerzas para sujetar banderas / y de repente las piernas se calzan / los pies de un guerrero derrotado ".



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

